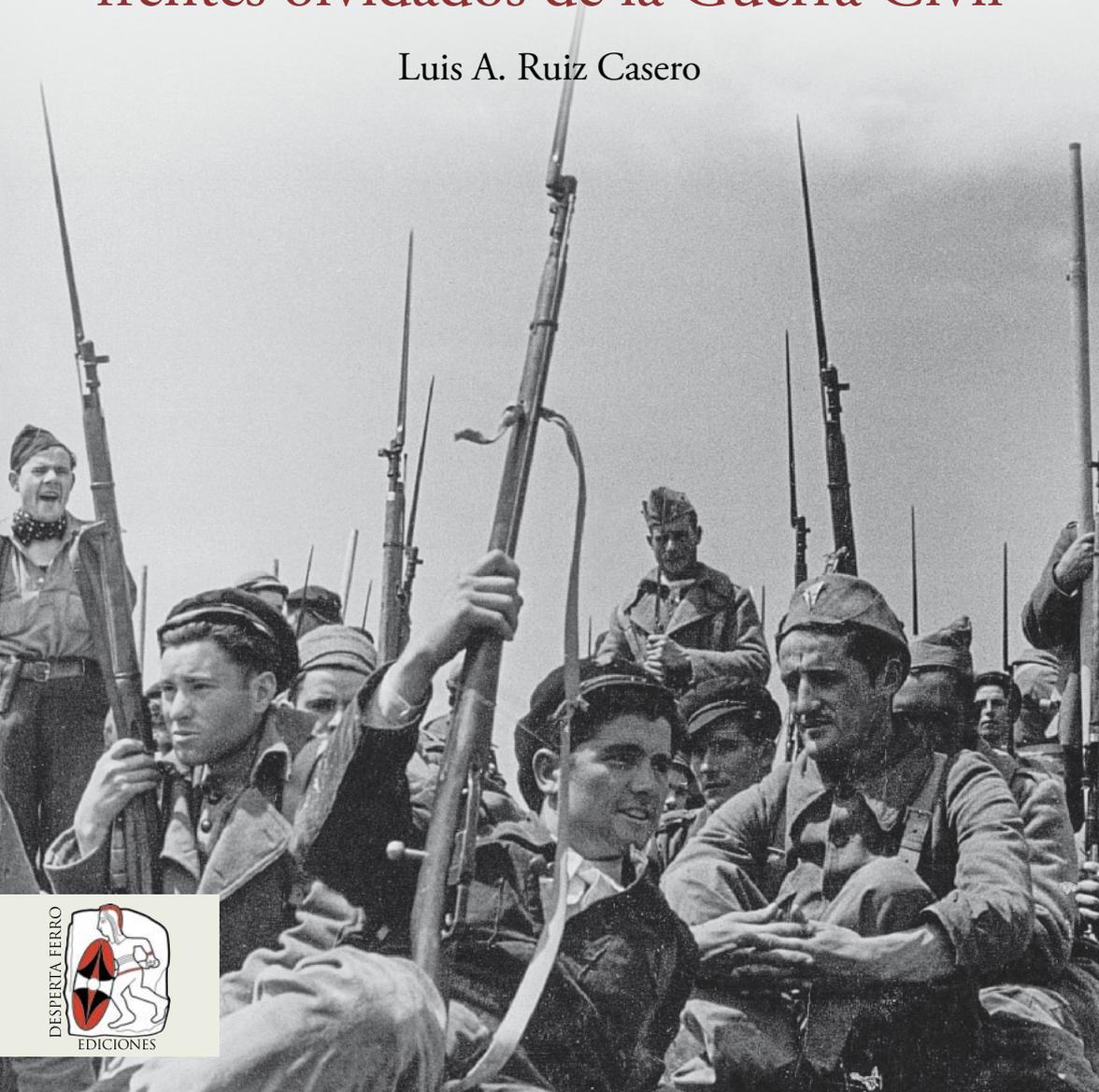


SIN LUSTRE SIN GLORIA

Toledo y Guadalajara,
frentes olvidados de la Guerra Civil

Luis A. Ruiz Casero



SIN LUSTRE, SIN GLORIA

DESPERTA FERRO



EDICIONES

SIN LUSTRE, SIN GLORIA

TOLEDO Y GUADALAJARA,
FRENTE OLVIDADOS
DE LA GUERRA CIVIL

Luis A. Ruiz Casero

DESPERTA FERRO

EDICIONES



Sin lustre, sin gloria
Ruiz Casero, Luis A.
Sin lustre, sin gloria / Ruiz Casero, Luis A.
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2023 – 576 p. ; 23,5 cm – (Guerra Civil) – 1.ª ed.
D.L.: M-22472-2023
ISBN: 978-84-126588-8-0
94(460.281.285).09 “1937-1939”

SIN LUSTRE, SIN GLORIA

Toledo y Guadalajara, frentes olvidados de la Guerra Civil

Luis A. Ruiz Casero

© de esta edición:

Sin lustre, sin gloria

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12, 1.º derecha

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-126588-8-0

D.L.: M-22472-2023

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Cartografía: Desperta Ferro Ediciones

Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro

Primera edición: septiembre 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2023 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Anzos

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

ÍNDICE

Agradecimientos	VII
Introducción	
<i>Dioses y monstruos</i>	XI

PARTE I 1937

1 LOS RESTOS DEL NAUFRAGIO	
<i>Los frentes de Guadalajara y Toledo, 1936-1937</i>	1
2 ENEMIGO A LAS PUERTAS	
<i>La batalla del sur del Tajo, abril-mayo de 1937</i>	33
3 LA LLAMA SÚBITA	
<i>La República golpea en Guadalajara, mayo-junio de 1937</i>	85
4 RÉPLICAS DE UN TERREMOTO	
<i>Operaciones de distracción, verano de 1937</i>	105
5 DIENTE POR DIENTE	
<i>Los franquistas recuperan la iniciativa, agosto-septiembre de 1937</i>	125
6 EL BARRO DE VERDÚN	
<i>La batalla de la cuesta de la Reina, octubre de 1937</i>	143
7 EL EJÉRCITO DE LAS SOMBRAS	
<i>La guerrilla en los flancos de Madrid, 1937</i>	183

PARTE II 1938-1939

8	LAS COLINAS TIENEN OJOS <i>Resistencia republicana en el vértice Sierra y la atalaya de las Nieves, febrero-marzo de 1938</i>	207
9	CONVERTIRSE EN CARNADA <i>Ataque contra la cabeza de puente de Talavera, marzo de 1938</i>	231
10	GASOLINA AL FUEGO <i>La ofensiva del Alto Tajuña, marzo-abril de 1938</i>	261
11	POLVO, SUDOR Y HIERRO <i>La caída de La Jara, abril-septiembre de 1938</i>	321
12	LA ARTILLERÍA CONQUISTA, LA INFANTERÍA OCUPA <i>La cuarta batalla de Seseña, octubre de 1938</i>	369
13	MORIR POR NADA <i>Las últimas iniciativas republicanas, noviembre de 1938-febrero de 1939</i>	411
14	HIJOS DE CAÍN <i>El fin de la resistencia republicana, marzo de 1939</i>	431
15	CARNE PARA GRAJOS <i>La ruptura de los frentes, marzo-abril de 1939</i>	481
	Conclusiones	511
	Bibliografía	523
	Índice analítico	537

EDICIONES

AGRADECIMIENTOS

Un expresidente del gobierno decía recientemente que «todas las tareas que merecen la pena son colectivas» y mi vanidad me lleva a creer que terminar con éxito esta obra ha merecido la pena. Y si no ha sido así —no soy yo quien ha de juzgarlo—, al menos puedo afirmar que ha sido, en gran parte, una empresa colectiva. Este apartado podría ser, por tanto, extensísimo, pero no es cuestión de saturar aún más al lector, para quien va mi primer agradecimiento. Gracias por atreverte.

Este trabajo nace de una tesis doctoral defendida en la Universidad Complutense de Madrid en enero de 2021, cuando aún estábamos sumidos en la anormalidad de la pandemia de Covid-19. Aunque el texto aquí presentado poco tiene que ver con el defendido ante el tribunal en aquellos días, no puedo sino expresar mi profunda gratitud hacia el profesor Gutmaro Gómez Bravo, que estuvo a mi lado en el proceso, guiándome cuando lo necesité, pero también dejándome amplias cotas de libertad, como buen director que fue. Mi agradecimiento también al tribunal, en especial a Benito Díaz y a Ángel Fuentes. Sus comentarios y el calor que me transmitieron hicieron del proceso algo extrañamente grato. También formó parte del tribunal Alfredo González Ruibal, con quien he compartido muchas experiencias profesionales, que me ha servido de nexo para conocer a gente maravillosa, y con quien me une una amistad que no está reñida con la admiración que le profeso. Sus observaciones han convertido el monótono texto académico en algo digerible y, en mi opinión, bastante mejor.

La idea de sistematizar y dar forma de tesis a la documentación que había ido reuniendo a lo largo de los años vino de Jorge Morín de Pa-

blos, con quien siempre estaré en deuda por la confianza que, a menudo, deposita en mí. Él y su equipo –recuerdos especiales para Esperanza y Luis– me introdujeron en el fascinante mundo de los frentes olvidados de la guerra y en la que ha sido mi profesión y mi vida desde hace ya una década y media: la arqueología. Del polvoriento mundo de los sondeos y los paletines me quedo con mucha gente, pero entre quienes han contribuido de una manera u otra a este texto quiero citar a Xurxo Ayán, Xabi Herrero, Candela Martínez Barrio, Pablo Gutiérrez de León Juberías, Laia Gallego Vila; y a Ángela Crespo y Miguel Ángel Díaz de Cota 667. De entre el no menos polvoriento mundo de los archivos y las fuentes primarias quiero expresar mi gratitud a David Alegre y Miguel Alonso, que primero me abrieron los ojos con sus textos y luego con su carisma y cualidades personales. Y con Ainhoa Campos, Diego Martínez y la buena gente del Grupo de Estudios de la Guerra Civil y el Franquismo. Un reconocimiento sincero a la labor de los profesionales de los archivos, en especial a Víctor Moraleda y Henar Alonso en Ávila; Agustín Pacheco en Madrid. La investigación me ha llevado a conocer a gente estupenda dentro del Ejército, que ha contribuido a esta investigación y, lo que es más importante, a deshacer muchos de mis prejuicios. Me refiero a José Ramos y José Luis Isabel, de la Academia de Infantería de Toledo; o a Agustín Pacheco y José Romero Serrano, del Instituto de Historia y Cultura Militar. Desde las asociaciones –civiles– no puedo olvidar a personas generosas, desinteresadas y encantadoras como Ernesto Viñas, Ismael Gallego o Alfonso López Beltrán. Muchos en Guadalajara y Toledo han contribuido a que un forastero como yo me sintiera en casa. Gracias de corazón por su ayuda y su generosidad a la hora de compartir su historia familiar y sus conocimientos a Carlos Vega y Alan Enrique Herchhoren Alcolea. Muchas otras personas me han facilitado información o documentos de sus fondos particulares y están debidamente citados en el texto, aunque querría mencionar en estas líneas a Pablo Sagarra, a quien desde la distancia ideológica respeto y admiro; a Gabriel Cifuentes; y a las familias de los «catalans à la Alcarria»: Ricart y Leris.

La figura de Julián Dueñas Méndez merece una mención particular. La sabiduría, el sentido común, el tesón y el conocimiento enciclopédico no solo se encuentran en el mundo de la Academia. La mitad de este libro se la debo a Julián y es justo reconocerlo. Todas las virtudes anteriores se rubrican con la más importante, de la que todo el mundo, dentro y fuera de la Universidad, debería tomar como ejemplo: su total desinterés y altruismo a la hora de compartir sus conocimientos. Mi más profundo agradecimiento hacia él.

Gracias también al equipo de Desperta Ferro, en especial a Alberto Pérez, por atreverse a inaugurar con mi trabajo una línea que espero fructífera, en las aguas siempre revueltas de la Guerra Civil y el franquismo, que creo que engrandece a una editorial ya enorme en muchos sentidos. Gracias a Mónica Santos también por su paciencia y su buen hacer. El talento y la cercanía del equipo casi han logrado borrar de mi memoria otras experiencias editoriales menos gratas.

Y la parte más personal: deseo expresar mi gratitud a mi familia, a mis amigos. Gracias a mi madre, María Isabel; gracias a mi abuela Isabel, testigo vivo de aquellos días negros de los que versa este libro; y gracias a Álvaro, a Sergio, a Alejandro, a Clara, a Alejandra, a Alexandra, a Esther. No os hacéis a la idea de lo que me habéis ayudado en esta tarea. Se os quiere.

Quiero cerrar este capítulo con un agradecimiento extraño, que nunca pensé incluir, pero que creo que es de justicia. Gracias a la sanidad pública, gracias a los profesionales de las Urgencias del Hospital Príncipe de Asturias de Alcalá de Henares. Sin vosotros nunca habría llevado a término este libro. Mis respetos.

DESPERTA

EDICIONES

INTRODUCCIÓN

Dioses y monstruos

Da igual lo que los hombres opinen de la guerra, dijo el juez. La guerra sigue. Es como preguntar lo que opinan de la piedra. La guerra siempre ha estado ahí. Antes de que el hombre existiera, la guerra ya le esperaba. El oficio supremo a la espera de su supremo artífice. Así era entonces y así será siempre. Así y de ninguna otra forma.

Cormac McCarthy, *Meridiano de sangre**

Para muchos dentro y fuera de sus fronteras, la España de 1936 estaba dando a luz a dos sociedades. Una, anclada en la tradición, reivindicando las pasadas glorias imperiales, pero que abrazaba el maquillaje novedoso del fascismo. La otra, popular, emancipatoria, que aspiraba a realizar, de una vez por todas, el tantas veces prometido sueño igualitario. El parto estaba resultando dolorosísimo y corría el riesgo de matar a la madre.

Como cualquier proceso de etnogénesis, de creación de una nueva sociedad, la conflagración española generó una serie de mitos fundacionales, de hitos simbólicos en los que reflejarse, que condensaran y sublimasen toda la idiosincrasia de las masas contendientes, que sentaran un ejemplo al que mirar y sobre el que construir las nuevas naciones con-

* McCarthy, C., 2007: *Meridiano de sangre*, L. Murillo (trad.), Madrid, Penguin Random House.



Oficiales republicanos prisioneros durante la batalla de Guadalajara, La Torresaviñán, marzo de 1937 (Museo Histórico Municipal de Abánades, Guadalajara).

trapuestras que sublevados y republicanos creían estar levantando. En la contemporaneidad se suele dar al mito las connotaciones de una historia inmaculada, investida de perfección. Sin embargo, si nos retrotraemos al mundo clásico en que se generó el propio término *μύθος, mythos*-, podemos ver que tal imagen de pureza no existía en sus orígenes. Los mitos grecolatinos están cargados de atrocidades, de barbarie. De parricidios, violaciones, incestos, masacres. Crono castró a su padre y devoró a sus hijos; Edipo copuló con su madre y después se arrancó los ojos; Atreo asesinó a sus sobrinos y se los sirvió en un banquete a su hermano. Visto así, el torbellino de violencia en el que España se había sumido desde julio era el caldo de cultivo perfecto. A ambos lados del frente que comenzaba a perfilarse empezaban a acumularse los héroes, los mártires, los carniceiros. De todas partes llegaban noticias de defensas cerradas, de asaltos a pecho descubierto. Comenzaban a revelarse algunos nombres: Onésimo Redondo, los hermanos Miralles, Ascaso, Lorca, Lina Ódena. Y algunos escenarios: Irún, el alto del León, las Atarazanas, el Cuartel de la Montaña. A lo largo de los siguientes meses se sumaría a lo anterior un rosario de nuevos mitos. Aunque, de entre todos ellos, sobresalieron dos, uno por cada bando: el del Alcázar de Toledo y el de la batalla de Guadalajara.

La defensa del Alcázar tuvo todos los ingredientes de cualquier gran mito clásico que se precie: heroísmo y venganza, épica y crueldad, comportamientos piadosos y actos mezquinos. Pero las autoridades

franquistas despojaron a la historia de sus pasajes más escabrosos. Pintaron un fresco con tonos pastel, depurado, plano, ñoño por momentos. La leyenda de la conversación telefónica de Moscardó con su hijo se convirtió en el epítome de esa construcción simbólica. El coronel entregando a su propio hijo a la vesania roja era una renovación de la historia de Guzmán el Bueno en Tarifa y emparentaba con el mismísimo relato bíblico de Yavé sacrificando a Cristo en aras de la salvación universal. Fue reproducida hasta la saciedad en la prensa, en el cine, en los manuales escolares. En la tardía reconstrucción de la fortaleza toledana el baqueteado despacho del héroe ocupó un espacio central en la cuidada escenografía alcazareña, a la que se añadieron las criptas con las tumbas de los defensores caídos, en la lucha o después.

Es indudable que la defensa del Alcázar tuvo un componente heroico. Voces tan poco sospechosas de simpatizar con los rebeldes como la del socialista Julián Zugazagoitia lo reconocieron. No obstante, la realidad fue mucho más compleja.¹ El hijo de Moscardó, Luis, fue fusilado tiempo después de la conversación telefónica, en represalia por un bombardeo aéreo, sin que el asesinato tuviera que ver con la decisión de su padre. El coronel tuvo un papel discutible en la defensa, con súbitos momentos de depresión. Hay dudas razonables de que ejerciese un liderazgo efectivo sobre sus hombres y muchas voces apuntan a su subordinado Romero Basart como el verdadero artífice de la resistencia. El «héroe» Moscardó fue responsable de numerosas atrocidades. Por sus órdenes se capturó a, al menos, medio centenar de rehenes izquierdistas. Rechazó todo intento de mediación de sus enemigos y no consintió que se evacuara al personal no combatiente de la fortaleza. Y, cuando llegó el cambio de fortuna y las tropas de Franco penetraron en Toledo, se dedicó a bombardear a aquellos que huían de la ciudad, sin hacer distinción entre civiles y militares.

El sitio del Alcázar distó mucho de la épica del relato franquista. La aplastante superioridad numérica y de medios de los asediados nunca fue tal. Durante buena parte del cerco no hubo más de 2500 o 3000 hombres y mujeres en armas desplegados en la ciudad, buena parte de ellos milicianos sin experiencia militar, ante los casi 1200 sitiados, bien parapetados en una posición dominante. Solo a partir de mediados de agosto el gobierno desplegó en Toledo artillería de un calibre suficiente como para dañar los muros exteriores de la fortaleza e inició las labores de minado, que se demostrarían la única amenaza real contra el Alcázar. En el clímax del asedio, en torno al 18 de septiembre, los atacantes llegaron a sumar unos 4000, aunque pronto se vieron amenazados

por la llegada del Ejército de África. Cuando los legionarios y regulares irrumpieron en la ciudad, se desató la consabida matanza. Los historiadores hablan de más de 700 asesinatos en los primeros días. Piquetes de ejecución improvisados por calles y plazas, heridos rematados a golpe de granada de mano en el Hospital Tavera, reductos liquidados a base de gasolina y candela. Buena parte de los rehenes de Moscardó, perdido su valor como escudos humanos, fueron asesinados sin miramientos y arrojados a los cráteres de las minas.

Si la figura de Moscardó alcanzó tal veneración en la España sublevada, por encima del rosario de héroes y mártires de la Cruzada, fue, principalmente, por dos cuestiones: el papel que representó la *gesta* toledana en el ascenso de Franco a la jefatura del Estado y, en menor medida, por la absoluta fidelidad que desde entonces profesó el coronel al generalísimo. Franco entró en Toledo como el salvador providencial que había liberado a los asediados en el último momento; como el buen pastor que se apartaba del camino directo a Madrid para rescatar a la oveja perdida. Envuelto en esos oropeles, con el prestigio que le daba estar al mando del aguerrido y brutal Ejército de África, y como interlocutor privilegiado de Italia y Alemania, Franco ejecutó un golpe de Estado dentro del propio golpe y se autoproclamó jefe del Estado solo unas horas después de la victoria en Toledo. Así dio comienzo una dictadura que se prolongó cuatro décadas. Moscardó, colmado de honores, lo acompañó siempre muy de cerca hasta su muerte en 1956.

La resistencia y «liberación» del Alcázar adquirieron desde muy temprano la categoría de símbolo para los alzados, así como sirvieron de espejo en el que muchos buscaron reflejarse. Las defensas numantinas de guarniciones franquistas muy reducidas en las batallas de Brunete, Belchite o Teruel son difíciles de comprender sin el ejemplo toledano. Los intentos de emulación vinieron de propios y extraños: cuando los desesperados defensores republicanos de Sigüenza optaron por replegarse ante la ofensiva de los sublevados, buscaban emular la defensa del Alcázar: «Mirad los fascistas que han resistido en el alcázar de Toledo y el prestigio que esto vale a su causa —arengó el comandante Martínez de Aragón a sus tropas—.² Nuestra página de gloria será la Catedral de Sigüenza. Entre sus muros aguardaremos las tropas que mandará Madrid para salvarnos. ¡Confianza, camaradas y viva la República!». Pero si hubo un episodio comparable por su escala mítica con el Alcázar para los gubernamentales ese fue el de la batalla de Guadalajara, en marzo de 1937.

Madrid había resistido embate tras embate desde julio. Los asaltos por la sierra fueron contenidos, el ataque frontal del Ejército de África



Combatientes republicanos saludan sobre un *carro veloce* L3/33 capturado al CTV en marzo de 1937 (BNE).

a través del Manzanares fue rechazado en el noviembre glorioso del *¡No pasarán!* Después, llegaron los intentos de aislar la capital: las batallas por el corte de la carretera de La Coruña y el gran choque frontal del Jarama. La capital se estaba labrando una reputación de imbatibilidad batalla tras batalla, para desesperación de Franco y del resto de generales golpistas. Sin embargo, nadie sabía si la ciudad podría resistir un asalto más. En ese contexto, Mussolini decidió dar un paso adelante.

Franco había contado con apoyo directo de las potencias fascistas desde el principio, pero, hasta ese momento, ninguna fuerza de tierra extranjera relevante había intervenido en suelo español. Tropas de infantería y milicianos fascistas italianos llevaban desembarcando en Cádiz desde diciembre de 1936. Una división al completo había intervenido de forma decisiva en la toma de Málaga a principios de febrero de 1937. Los efectivos no hacían más que crecer. Hacia el final del invierno ya había cerca de 50 000 italianos en la zona franquista. Mussolini se impacientaba. Quería una victoria decisiva de su aliado Franco, en la que sus hombres tuvieran un papel incontestable. Madrid debía caer y el golpe debía producirse desde el nordeste, desde los desapacibles campos de la Alcarria.³

Bajo un cielo encapotado, amenazador, las legiones italianas tomaron posiciones. Con Sigüenza como base de operaciones, cuatro divisiones se desplegaron entre los ríos Henares y Tajuña, con la intención de

arrollar a las defensas republicanas y marchar por la carretera de Francia hacia Madrid. El flanco derecho quedaría cubierto por tropas españolas, encuadradas en una de las brigadas que ahora mandaba el «heroico» Moscardó, aunque el peso principal de la maniobra recaería sobre el cuerpo expedicionario italiano, el Corpo di Truppe Volontarie (CTV). Los fascistas estaban bien equipados, sobre todo si se les comparaba con cualquier unidad española a ambos lados de las trincheras. Los apoyaba una artillería numerosa, así como abundantes aviones y carros de combate. La moral era de victoria: primero Etiopía, luego Málaga. El nuevo prestigio militar italiano debía coronarse con la toma de Madrid.

Sin embargo, Guadalajara no fue Abisinia. Las aspiraciones y la prepotencia de los fascistas embarrancaron en el suelo cenagoso de Guadalajara. Tras un brioso avance inicial, llegaron los inconvenientes. La lluvia y la aguanieve dejaron los aeródromos de retaguardia impracticables y la aviación republicana pronto se hizo con el dominio de los cielos. El avance fulminante previsto por los italianos, basado en las doctrinas de la *guerra celere*, se atascó en el barro y los encinares de la Alcarria. La carretera de Francia pronto se vio cubierta de un caótico atasco, en el que las columnas motorizadas se obstaculizaban unas a otras mientras eran castigadas por los cazas enemigos. En tierra, las reservas republicanas se movilizaron con una eficiencia nunca antes vista. El avance fascista fue detenido y la iniciativa pasó a los gubernamentales. Pronto, la carretera de Francia se convirtió en una ratonera. Solo la orden de repliegue permitió que la derrota no acabara tomando las proporciones de un auténtico desastre.

La República se había anotado el éxito más nítido hasta ese momento de la guerra. Las campanas se lanzaron al vuelo. No solo se había salvado Madrid ante el último intento enemigo, sino que se había derrotado a un cuerpo expedicionario extranjero. Era la primera derrota del fascismo en los campos de batalla del mundo. La victoria sonaba para los gubernamentales con acordes de *La Marsellesa*, como cuando las tropas revolucionarias francesas se impusieron a las coaliciones internacionales enviadas para derrocar la joven república. Era un triunfo en clave nacional, que emparentaba 1937 con 1808. La propaganda explotó el éxito en todas direcciones, tanto para reforzar la moral interior como para pregonar el rechazo al intervencionismo extranjero, censurado por la Sociedad de Naciones. Mientras los soldados republicanos se paseaban luciendo el equipo italiano capturado, el Gobierno preparaba un Libro Blanco que reuniría pruebas incontestables para denunciar internacionalmente la violación de Mussolini de la soberanía española.



Plaza de Zocodover durante la «liberación» de Toledo (colección Luis Alba, cortesía de Juan Antonio Morales).

No obstante, Guadalajara fue también una suerte de muñeca rusa de mitos encadenados. Mussolini trató de utilizar la derrota de sus tropas para imprimir un espíritu de venganza a los nuevos contingentes que se concentraban en los puertos italianos. De cara al exterior, trató de transmitir la imagen de que ni siquiera había sufrido una derrota. Sus tropas habían avanzado y habían sido contenidas, eso era todo. Algunos episodios innegables de arrojo de sus hombres fueron exaltados hasta el extremo, como la resistencia denodada de un puñado de fascistas ante hordas de las Brigadas Internacionales en el Palacio de Ibarra. Por otra parte, para los combatientes españoles de Franco, la derrota italiana fue vista como una lección a su arrogante aliado. Incluso hubo algunas lecturas en clave nacionalista: los italianos habían sido vapuleados por un enemigo que, antes que rojo, era español.

Los mitos paralelos de republicanos y franquistas reducían a los italianos a una caricatura, a figuras vanidosas sacadas de una opereta que, cuando la lucha se tornaba verdaderamente dura, no tardaban en salir en desbandada. Los chistes alusivos a la cobardía del CTV trascendieron las líneas del frente. Pero Guadalajara fue una experiencia terrible para quienes la vivieron. Lejos de la imagen que proyectó la prensa de una ofensiva poco sangrienta, decidida por la aviación, la realidad

muestra un escenario muy duro, de choques librados en unas condiciones extremas, con combates cuerpo a cuerpo y el horror de la guerra mecanizada desplegado como nunca antes en España. Hubo defensas acérrimas, autolesiones, pánico en los bosques, represalias, castigo a la población civil. Y las tropas españolas intervinientes no fueron ajenas a ninguno de esos horrores.

La Guerra Civil española fue una contienda moderna por la mecanización del combate, pero también por el peso de la propaganda y los medios de comunicación de masas. Es lógico que dos de los acontecimientos más mitificados del conflicto tuvieran un amplio reflejo en la prensa, la radio o en los noticiarios cinematográficos. Las crónicas de los periodistas internacionales establecieron un canon de ideas asociadas al Alcázar o a Guadalajara que han perdurado en gran medida. También los reporteros gráficos fijaron la iconografía heroica de ambos hechos. Resultan emblemáticas las fotografías de la entrada de Franco en el Alcázar, caminando entre los escombros y abrazando a un Moscardó flaco y barbudo tras los largos días del asedio. Esas instantáneas fueron esenciales en la construcción de la propia leyenda del generalísimo y en su ascenso a los plenos poderes del Estado. Seis meses después, los fotógrafos retrataron a los soldados republicanos victoriosos, posando sobre los carros arrebatados al enemigo y la carretera de Francia embarrada, sembrada de equipo italiano abandonado, como testimonio vívido de la desbandada del CTV. Las fotografías de aquellos días están llenas de primeros planos a los marcajes de armas, vehículos y cajas de munición, todo ello rotulado en italiano, testimonio inapelable ante el mundo de la intervención de Mussolini en España.

Hay, sin embargo, otras imágenes que reflejan la cara oculta de ambos mitos, mucho más esquivas, que no vieron la luz en las publicaciones de la época y que aún hoy es extraño que ilustren libros o artículos. Muestran el rostro más descarnado de la guerra sin cuartel que se libraba en Castilla. Existe, por ejemplo, una fotografía de los rehenes de Moscardó tras el levantamiento del sitio del Alcázar, desparramados sin vida en el gigantesco embudo de una de las minas. Y una imagen tremendamente inquietante, reflejo de la banalidad de los asesinatos en caliente, en la que se ve a los legionarios y regulares de Franco sentados, indolentes, en las terrazas de Zocodover a pocos metros de un cadáver tendido en el empedrado. Entre los fondos de un museo local se localiza una patética fotografía de un par de oficiales republicanos hechos prisioneros por los sublevados en la batalla de Guadalajara. Están heridos y miran aterrados al fotógrafo anónimo. Su destino probable lo muestra

otra instantánea, en este caso del reportero aficionado –y soldado de requetés– Sebastián Taberna, en la que un grupo de combatientes sublevados pasea aparentemente indiferente entre los cuerpos sin vida de varios represaliados tendidos en las calles de Cogolludo. Existen también otras imágenes, aún más atroces, que, incluso tras el filtro del blanco y negro y de la distancia temporal, obligan al espectador contemporáneo a apartar la vista. Muestran los cuerpos, horriblemente mutilados por la metralla, de los italianos del CTV en el bosque de Ibarra, captados por el objetivo de John Fernhout. Algunos aparecen sin botas, saqueados sus cadáveres por los republicanos que acabaron con ellos. Imágenes, unas y otras, de algo que nunca debió ocurrir, pero en las que el sentido de la responsabilidad histórica obliga a fijar el foco. Imágenes opuestas a las producidas por la propaganda heroizante, que provocan reacciones como la lástima o el asco. Visiones del horror que acortan, siquiera levemente, la distancia que nos separa de la experiencia del combatiente de a pie. Esa masa de soldados y milicianos, de españoles y extranjeros, fue pródiga en dioses y monstruos, glosados a menudo por la literatura. Sin embargo, no puede olvidarse que estaba compuesta masivamente por personas corrientes, no muy diferentes de quien lee o escribe estas líneas, a quienes aterrorizaba y repugnaba la violencia, por muy cotidiana que se hubiera vuelto.

La tierra empapada en sangre en los flancos de Madrid se entremezcló con la epopeya y el mito, con las masacres y la miseria moral de esos primeros meses de confrontación civil. Tales fueron los cimientos sobre los que se estabilizaron los frentes de guerra en Toledo y Guadalajara. Por encima de ese sustrato contradictorio y atroz se desarrollaron los hechos que se narran a lo largo de las siguientes páginas. Al arado de la guerra le quedaban aún muchos surcos por remover en Castilla.

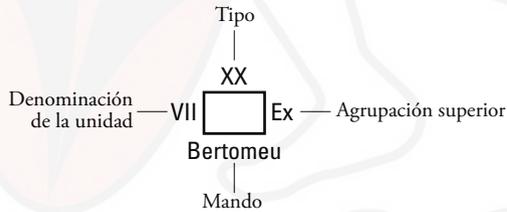
NOTAS

1. La bibliografía acerca del sitio del Alcázar es amplísima. Una buena síntesis, que incide en la desmitificación del relato, en Ruiz Alonso, J. M.^a, 2004.
2. Etchebèhère, M., 2014, 94.
3. Acerca de las intenciones de Mussolini y del papel de Italia en las decisiones estratégicas que condujeron a Guadalajara, *vid.* Rodrigo, J., 2016, 85-128.

Leyenda general de los mapas

—	Carreteras		Ametralladoras
- - - -	Ferrocarriles		Sección
	Bando republicano	I	Compañía
	Bando franquista	II	Batallón
	Infantería	III	Regimiento
	Caballería	X	Brigada
	Blindada	XX	División
	Artillería	XXX	Cuerpo
	Ingenieros	XXXX	Ejército
	Tendido de puentes		

Descripción de las unidades principales



Otras unidades



DESPERTA FERRO

PARTE I

1937



EDICIONES

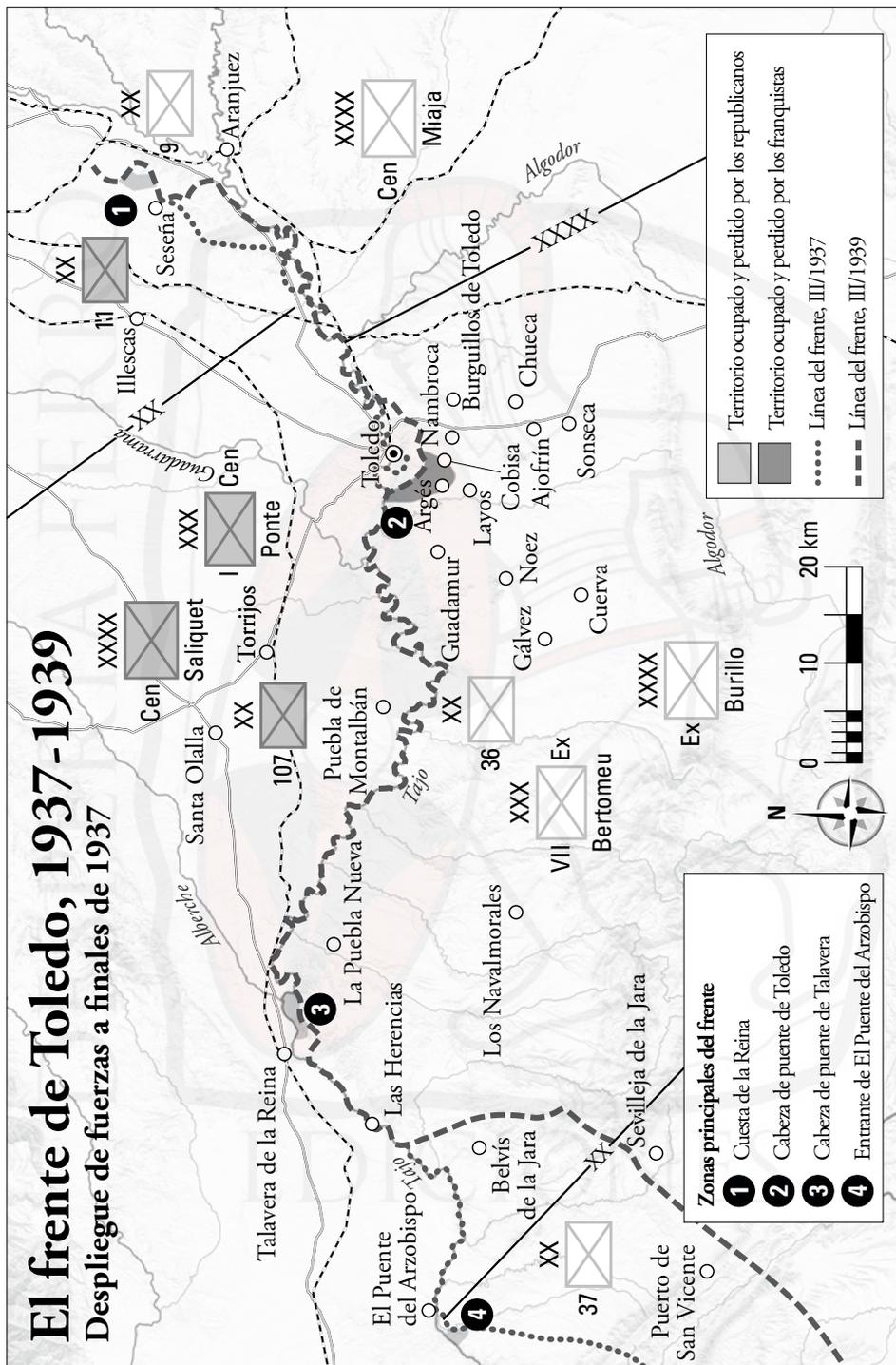
1

LOS RESTOS DEL NAUFRAGIO

Los frentes de Guadalajara y Toledo, 1936-1937

Un frente estabilizado es la materialización de un fracaso militar. ¿Qué fue el Frente Occidental de 1914-1918 sino la huella del gigantesco fiasco de las ofensivas opuestas de las potencias europeas? ¿Qué, la detención de los aliados frente a Montecasino y la Línea Gótica en 1943-1944? ¿Y los combates en torno al Paralelo 38 en Corea entre 1951 y 1953? En las guerras totales a lo largo del último siglo las maniobras de gran estilo que los estrategas preveían como resolutivas han acabado a menudo en el estancamiento y la matanza de la guerra de trincheras. Al redactar estas líneas se repite una vez más el terrible mantra con el asalto fallido de las fuerzas armadas rusas sobre Kiev. Todos los grandes generales sueñan con romper brillantemente la línea enemiga, emular a los *hetairoi* de Alejandro Magno, revivir la hazaña de los húsares polacos que levantaron en sitio de Viena en 1683, resolver sus contiendas con operaciones limpias, elegantes, si el lector disculpa el empleo de estos términos en un asunto tan feo como el conflicto del hombre contra el hombre. Sin embargo, la historia es tozuda y nos muestra que por cada Kahlenberg, por cada Gaugamela, hay un centenar de Agincourts, de Balaclavas. Un centenar de cargas audaces que trastabillan, pierden el ímpetu, se detienen y fracasan. Como tantas otras maniobras audaces en los siglos precedentes, los planes de los sublevados contra la República en 1936 terminaron hundidos entre el barro y la sangre ante Madrid cuando solo habían transcurrido unos cuantos meses desde el golpe de julio.

Esta historia cuenta lo que aconteció después del fracaso. Parte, por tanto, de donde muchas otras historias terminan. Algunos la verán como un simple epílogo, una nota al pie de la gran tragedia de 1936-



1939. Pero en esta historia pequeña de frentes olvidados tomaron parte centenares de miles de hombres y mujeres. En ella se desgranaban breves combates, pero también grandes batallas. Muchos de los protagonistas se dejaron la vida o la salud en estos páramos perdidos y a todos los que sobrevivieron la experiencia los marcó a fuego para siempre. La mayoría de quienes padecieron en frentes secundarios de la contienda era consciente de que se jugaban la vida por poco más que nada, en tierras dejadas de la mano de Dios o del destino, sufriendo padecimientos sin venir a cuento en frentes sin lustre, sin gloria. Hay algo de heroico en el estoicismo callado de los combatientes que guarnecieron los frentes de Toledo y Guadalajara, resistiendo por tozudez con la permanente sensación de que habían sido abandonados por sus caudillos. Para el mantenimiento de esas líneas recónditas fue vital la camaradería, los lazos de afecto con los compañeros con los que se comparten penurias. Algunos teóricos han llamado a estas cuadrillas que sufren, sobreviven y resisten juntas «grupos primarios». También hubo muchos que no resistieron, claro está. Que murieron como héroes, como cobardes o por una triste casualidad, tanto da. Y que desertaron, que se rindieron, que se automutilaron para escapar de los fantasmas del frente. Creo, pasado el tiempo de los relatos monolíticos y ejemplarizantes, que también para tomar esas decisiones hacía falta coraje. En cualquier caso, no nos corresponde a nosotros juzgar su comportamiento. Sí, en cambio, contarlos, traerlos a la luz. Narrar las vicisitudes de los frentes secundarios se puede llegar a parecer a la experiencia del centinela que, solo en el parapeto del paraje más recóndito de las provincias de Toledo o Guadalajara en guerra, le asaltan las dudas de si su esfuerzo sirve para algo, o si puede importar a alguien. No obstante, casi diez años después de haber entrado en contacto con la cuestión, puedo confirmar que ha merecido la pena. Con ese convencimiento trabajan los demás historiadores, arqueólogos, antropólogos que he conocido en este tiempo. También los aficionados a la historia y quienes se asocian para recuperar los derechos de las víctimas de la guerra y la dictadura. En los rincones perdidos de España sigue habiendo personas curiosas, entusiastas, dignas, generosas. Son estas, entonces y ahora, las que animan a seguir.

El fiasco de las tropas sublevadas en su intento de tomar Madrid entre noviembre de 1936 y marzo de 1937 dejó un frente estancado que se extendía a lo largo de cientos de kilómetros, pasando por, al menos, cinco provincias. Esa línea de contacto, auténtico rastro sanguinolento del avance rebelde, a veces tomó la forma de un frente formal, fortificado, aunque a menudo era algo mucho más abstracto. Los flancos del

asalto a Madrid se fueron tornando en un auténtico frente de guerra a lo largo de los dos años siguientes. El concepto de «flancos» con respecto al asedio de Madrid es lo suficientemente amplio para que se pueda interpretar en multitud de sentidos. Podría referirse, en el plano más inmediato, a los sectores de la sierra de Guadarrama y del Jarama. O bien podría extenderse hasta abarcar Cáceres y Teruel, separados entre sí por más de quinientos kilómetros. Sin embargo, a efectos del presente estudio, se ha optado por un paso intermedio, por una solución de compromiso entre las consideraciones militares de 1936-1939 y la geografía física y política. Los «flancos del asedio» serán, por tanto, los frentes de Guadalajara y Toledo. Es útil como herramienta de análisis, funciona razonablemente bien como elemento de comparación entre contextos similares y permite parcelar un territorio extensísimo en el que sucedió un sinfín de acontecimientos. Tiene cierta lógica dentro de la narrativa de la propia guerra, ya que las dos provincias –junto con Madrid– fueron denominadas en diversos momentos por ambos bandos como «el frente» –o «los frentes– del Centro».

EXCEDE LOS OBJETIVOS DEL PRESENTE TRABAJO EXPONER EL RELATO pormenorizado de los hechos que llevaron a la creación del frente estabilizado del Centro a lo largo de los primeros ocho meses de guerra. Baste decir que, a grandes rasgos, fue el resultado de dos grandes ofensivas de los sublevados que tenían por objetivo tomar la capital republicana: la llamada marcha sobre Madrid en otoño de 1936 y la batalla de Guadalajara en marzo de 1937. No nos detendremos en los detalles de la irrupción a sangre y fuego de las columnas africanas en Castilla desde Extremadura, ni en la campaña de Sigüenza, ni siquiera en el sitio del Alcázar o en la ofensiva del cuerpo expedicionario de Mussolini a través de la Alcarria. Todos estos episodios se han tratado monográficamente con mayor o menor fortuna por otros autores y, en algunos casos, han llegado a generar una bibliografía abundante. Sí parece oportuno describir los restos del naufragio en la primavera de 1937, la línea de contacto que la ofensiva rebelde dibujó a ambos lados de Madrid. Será, con pocos cambios, el escenario de los acontecimientos que se narran en este volumen.

El recorrido descriptivo por la primera línea discurrirá de oeste a este, comenzando, en consecuencia, por el extremo occidental de la provincia de Toledo. La línea de contacto arrancaba en el límite con Extremadura, siguiendo la línea del Tajo hasta el entorno de Aranjuez

y después la del Jarama hacia el norte. Con los puntos más disputados, como las cabezas de puente de Talavera y Toledo o el entrante de la cuesta de la Reina, así como los núcleos de Añover y de El Puente del Arzobispo, auténticas «bisagras» del frente. Ignorando el tramo del frente de Madrid y Guadarrama, el recorrido continúa desde el límite provincial con Guadalajara en Somosierra. Hacia el este, en el entorno de Cogolludo, nacía la línea de contención final de la ofensiva de marzo, siguiendo después el curso alto del Tajo hasta su nacimiento, en la divisoria con Cuenca y Teruel, con especial atención a los delicados sectores de la carretera de Francia y de Hita.

La configuración estable —que no definitiva— del frente de guerra en la provincia de Toledo se debió, como se ha mencionado, a la marcha rebelde sobre Madrid. En su avance entre agosto y octubre de 1936 las columnas africanas de Franco progresaron de oeste a este usando el río Tajo como guardaflanco, como apoyo de su ala derecha en gran parte de su camino. Hubo dos excepciones en las que las fuerzas no se apoyaron en el río, una al principio de la irrupción en la provincia y otra a la salida, que le dan al frente toledano un carácter definido y una morfología, en cierto modo, simétrica.

El comandante Ángel Lamas Arroyo era un «leal geográfico», un derechista que, por hallarse en zona republicana al desatarse el conflicto, fue movilizado por el Ejército republicano, en el que tuvo que servir contra su voluntad. Como jefe de Estado Mayor del coronel Mena, fue trasladado al sector de Toledo a principios de marzo de 1937. En sus memorias dejó una expresiva visión general del frente en aquellos momentos:

Y henos ante una situación militar, como para inquietar a cualquiera que tuviese el menor propósito de hacer algo sólido o positivo —aunque no fuera más que en el sentido de asegurar su posesión—, dados los elementos disponibles, para la extensión y desarrollo de la línea «fronteriza».

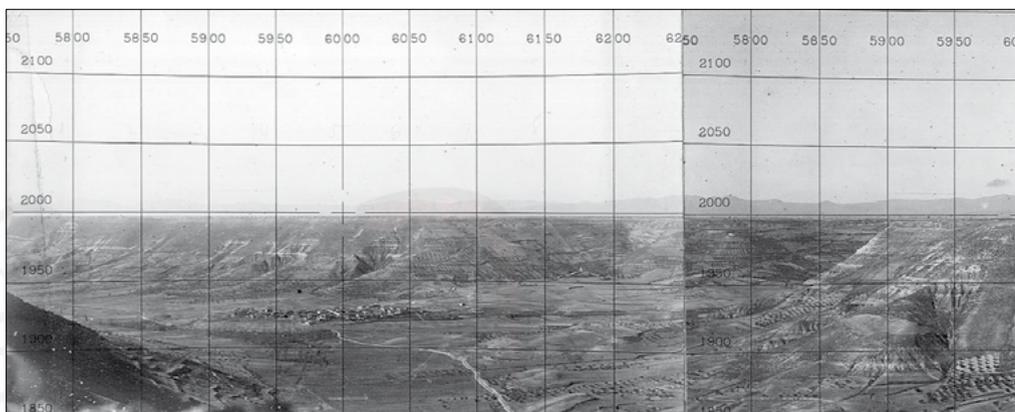
Son unos 400 kilómetros de frente, sin contar sinuosidades pequeñas. Y abarca desde el río Algodor, en la provincia de Toledo, hasta el río Zújar en el límite con Córdoba. Para guarnecerlo sólo hay cuatro Brigadas.

[...] ¿Cabría pensar, siquiera, en sostener esas líneas ante un ataque, el más inocente, si fuese preparado y lanzado por sorpresa y con decisión e ímpetu mediano...? Antes de que pudieran acudir fuerzas suficientes para un conato de de-

tención, las zonas vitales que se quisieran segregar por él, se hallarían bien desgajadas y aseguradas; o sea, ya digerida su rápida conquista.¹

Lamas, en sucesivas inspecciones, comprobó la escala del despropósito. Las comunicaciones y la logística en el amplísimo sector eran muy deficientes. Las líneas telefónicas y telegráficas civiles, limitadas de por sí, eran prácticamente las únicas disponibles. Las carreteras y caminos eran escasos e inadecuados para abastecer los frentes. Tanto el puesto de mando general del sector como los almacenes de armamento se encontraban en puntos remotos –Cabeza del Buey y Albacete, respectivamente–, completamente desplazados del eje central del frente, lo que, desde el punto de vista militar, era un sinsentido. Las unidades de primera línea disponían, en el mejor de los casos, de la dotación reglamentaria de munición para una jornada. En caso de combate, los refuerzos y el abastecimiento no podrían alcanzar el frente en menos de veinticuatro horas. En definitiva, el «topo» Lamas Arroyo observó con cierto regocijo cómo el de Toledo era un frente amplísimo, casi inabarcable, débil y descoordinado y prácticamente olvidado por el mando republicano desde el levantamiento del sitio del Alcázar.

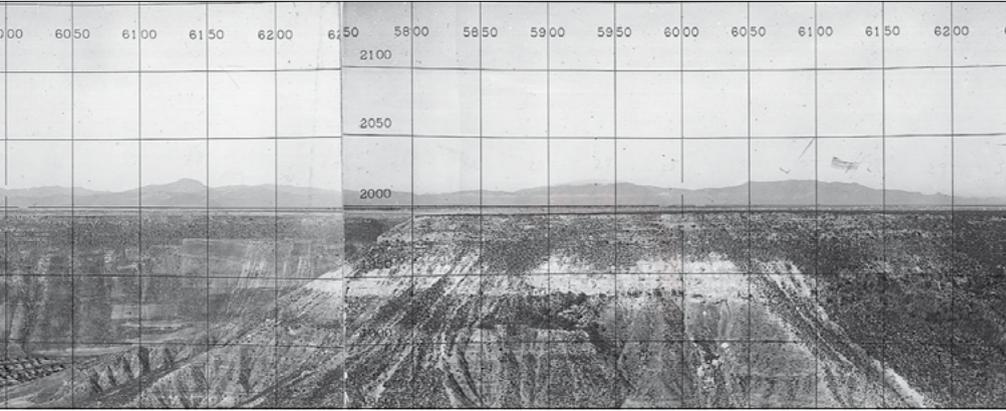
El frente toledano podría subdividirse, a trazo grueso, en cinco sectores. De oeste a este, serían los siguientes: el de La Jara, el de Talavera, el del Tajo, el de Toledo capital y el de Seseña. Los límites de los sectores variaron a lo largo del tiempo que duró la contienda y cada bando tuvo los suyos propios. En aras de la sencillez, se proponen unos límites genéricos, que se mantendrán a lo largo de la narración. El sector más occidental era el de la asfixiante comarca de La Jara. Comenzaba junto al triángulo donde confluían Extremadura, Ciudad Real y Toledo, en Puerto de San Vicente. Después, el frente corría discontinuo, en paralelo a la sierra de Altamira y al arroyo del Pedroso hasta la clave del sector, la localidad de El Puente del Arzobispo, en manos franquistas desde el primer verano de la guerra. Desde ese punto, el frente lo constituía el mismo río Tajo, del que apenas se apartaría a lo largo de casi 150 kilómetros. A partir de la desembocadura del Géballo en el Tajo, en Belvís de la Jara, empezaba el segundo sector, el de Talavera de la Reina –o del Tajo para los republicanos–. Frente a la ciudad se extendía una cabeza de puente que permitía a los sublevados mantener a raya al enemigo, expulsado al sur del río desde los días de la marcha de las columnas africanas sobre Madrid. El tercer sector era el del Tajo, extenso y poco poblado, muy vulnerable a las incursiones. Nacía en la desembocadura



El frente republicano de la carretera de Francia desde la línea sublevada. Composición panorámica desde la iglesia de Gajanejos, Guadalajara (España. Ministerio de Defensa, AGMAV F.110,1/2-5).

del Sangrera y el entorno del kilómetro 125 del estratégico ferrocarril Madrid-Cáceres-Portugal, vía de abastecimiento fundamental para que los sublevados pudieran sostener el sitio de Madrid. En la confluencia del Tajo con el Guadarrama empezaba el cuarto sector, el de la capital toledana. Tras el sitio del Alcázar, los republicanos habían sido empujados a los históricos cigarrales, antiguas fincas de recreo renacentistas sobre los cerros que rodeaban la ciudad imperial. Al igual que en Talavera, los franquistas habían establecido una zona de amortiguación al otro lado del río, formada por dos cabezas de puente: San Martín y Alcántara. Al este de Toledo el frente continuaba siguiendo el curso del Tajo hasta Algodor, donde daba inicio el quinto y último sector de la provincia: el de Seseña. Allí, el frente se apartaba finalmente del Tajo y corría ahora hacia el norte en paralelo al Jarama, cuyas orillas estaban dominadas por los republicanos. Frente a Aranjuez los franquistas tenían una avanzadilla que se asomaba sobre el Real Sitio y sobre la vega baja del Jarama. Era la temida cuesta de la Reina, llave del sector, escenario de una agotadora guerra de trincheras que se prolongó hasta el final del conflicto.

Desde el límite provincial con Madrid, en Ciempozuelos, el frente continuaba serpenteando por recovecos en apariencia caprichosos, pero que no eran sino el resultado de los sucesivos ataques sobre la capital que los sublevados llevaban emprendiendo desde el 18 de julio. Desde ese momento, los sucesivos sectores tenían exclusivamente nombres de batallas, pasadas o por suceder: la cabeza de puente del Jarama, el frente urbano de Madrid, la Casa de Campo y la cuña de Ciudad Universita-



ria, la carretera de La Coruña, Brunete, Guadarrama, La Granja y Somosierra. Más allá, la línea proseguía hasta la serranía de Guadalajara, donde se abría el flanco oriental de Madrid.

Así como la línea de contacto en la provincia de Toledo transcurría en su mayor parte apoyada en una divisoria geográfica clara, el río Tajo, en Guadalajara el trazado era mucho más complejo. Visto en conjunto, trazaba una suerte de doble parábola de noroeste a sudeste. El eje central de esa parábola era la carretera de Francia, coincidente en buena parte de su trazado con la actual autovía del Nordeste, la A-2. Al norte de esta, la línea de contacto entre los dos ejércitos dibujaba una amplia concavidad en torno a la comarca de Jadraque, en territorio franquista. Al sur, la concavidad se invertía y apuntaba hacia el norte, siguiendo el trazado de los cursos altos del Tajuña y del Tajo. La simetría de esa doble curva quedaba rota por un entrante enmarcado por ambos ríos frente a Abánades, que pronto atrajo la atención del mando republicano en el sector para proceder a su cierre.

El comandante Juan Perea Capulino describió así en sus memorias el frente de Guadalajara tal y como lo encontró a finales de abril de 1937, cuando fue nombrado por su responsable militar jefe del IV Cuerpo de Ejército republicano:

El frente de Guadalajara tenía una extensión aproximada de doscientos kilómetros. Su flanco izquierdo se apoyaba fuertemente en las ásperas estribaciones del Ocejón, de 2200 metros de altitud, para descender desde Zarzuela de Galve a Valverde de los Arroyos, describiendo un amplio semicírculo hasta el valle del Henares para remontar a la meseta de Gajanejos, cruzar el Tajuña y sostenerse en la margen izquierda

del Tajo que le servía de foso hasta unos cuarenta kilómetros del nacimiento del río en los Montes Universales, que separaban este frente del de Teruel.²

Si la configuración del frente toledano en la primavera de 1937 fue el resultado, principalmente, de la marcha del Ejército de África contra Madrid, en el caso de Guadalajara debemos atribuirlo a la toma de Sigüenza y al avance posterior de los sublevados en lo que la historiografía ha dado en llamar la «pequeña campaña»³ y, en mayor medida, al desenlace de la fallida ofensiva de marzo por parte del CTV y las fuerzas españolas de la División Soria.

Al igual que en el caso toledano, el frente de Guadalajara se puede subdividir en varios sectores. Cuatro, en este caso: el de la Sierra, el de la carretera de Francia, el del Alto Tajuña y el del Alto Tajo, de oeste a este. El primer sector, de por sí montañoso e inaccesible, tuvo por principal divisoria entre los contendientes al río Sorbe. Aquí, las posiciones de ambos contendientes eran poco más que puestos de vigilancia aislados. El frente partía de la frontera con Segovia en Somosierra, junto al puerto de la Quesera y Cantalojas. Continuaba hacia el sur, apoyándose en el mencionado río hasta apartarse del mismo en el entorno de Cogolludo y, desde ahí, hasta el saliente de Hita-Padilla, en la confluencia con el Henares, donde la tierra de nadie se estrechaba considerablemente. El segundo sector fue el de la carretera de Francia. Discurría por la comarca de la Alcarria, entre Hita-Muduex hasta Almadrones-Yela. En paralelo a la misma en ese tramo corría el río Badiel y los barrancos al norte, aunque el subsector más peligroso era la propia carretera, en una planicie muy sensible a una penetración en fuerza. Esta zona, por tanto, fue fortificada a conciencia desde muy pronto. Tras Cogollor, donde terminaba la meseta de la Alcarria, empezaba el tercer sector del frente, el del Alto Tajuña, donde la línea de nuevo se desdibujaba. Discurría imprecisa en torno a Cifuentes, de Masegoso de Tajuña a Carrascosa de Tajo, entre los cauces del Tajo y del Tajuña, pero dejando una enorme tierra de nadie que englobaba pueblos enteros. Por último, el cuarto sector partía de Carrascosa hasta Peñalén-Poveda de la Sierra, en las alturas del Alto Tajo, donde los inviernos no perdonan. Aquí, la línea de frente era el propio cauce del río y a ambos lados se extendía un terreno quebradísimo en el que apenas se situaron algunas patrullas. «El frente vacío», valga la hipérbole, como se ha referido a dicho sector una publicación reciente.⁴ A partir de ese punto la línea se internaba a través de los páramos en la provincia de Cuenca, pero con la inmediata

retaguardia franquista ocupando la sierra de Molina hasta el límite provincial con Teruel.

Al analizar las posiciones de los dos bandos a lo largo de los frentes de Guadalajara y Toledo en la primavera de 1937 es imposible obviar el peso de Madrid. La capital fue una suerte de gran ente magnético que parecía atraer más hombres, más armas, más trincheras. A medida que las líneas se aproximaban a Madrid se iban haciendo más resistentes, más difíciles de romper. A lo largo de los siguientes capítulos se verá que no siempre las operaciones ofensivas que emplearon un mayor número de hombres –y un mayor coste en vidas– se dirimieron en los sectores próximos a Madrid, aunque en los periodos de estabilización el influjo de la capital se hacía evidente en forma de mayor actividad, fortificaciones más densas y tierras de nadie más estrechas. Es revelador el paralelismo entre la cuesta de la Reina y el entrante de Hita: ambos puntos eran avanzadillas franquistas, proclives a un intento de ruptura, con excelentes cualidades como observatorios –y, en consecuencia, relevancia táctica en sí mismos–. Ambos se habían generado durante sendas ofensivas que tenían por objetivo Madrid –batallas del Jarama y Guadalajara– y ambos apuntaban peligrosamente a vías de comunicación importantes que llevaban a Madrid. En ambos lugares se empezó a fortificar muy pronto en ambos bandos, concentrando en el lugar hombres y medios y convirtiéndose en frentes de trincheras en los que un intento de avance frontal podía pagarse muy caro. Puede parecer anecdótico, pero resulta elocuente que, gracias a testimonios de primera mano, se conozca que los soldados de ambos bandos, en los dos frentes ya estabilizados, se veían obligados a fortificar de noche, ya que el fuego no cesaba tras la puesta de sol.⁵ Resulta obvia la diferencia con los sectores más remotos, como el del Alto Tajo o el de La Jara, donde a veces las líneas enfrentadas –cuando existían– ni siquiera estaban a la vista unas de otras. Los frentes de Toledo y Guadalajara no se pueden comprender sino como periféricos del de Madrid. Tuvieron, por supuesto, su propia entidad y su desarrollo operativo mantuvo cierta independencia durante buena parte de la guerra. La mayoría de las acciones bélicas que tuvieron lugar en estas provincias se marcaron objetivos solamente locales, pero su mantenimiento como líneas estabilizadas durante tanto tiempo obedeció a su condición de flancos de la simbólica capital de España.

ES EVIDENTE QUE LOS PAISAJES CONDICIONAN LAS VIVENCIAS. DENTRO de la experiencia común, anómala, terrible a veces, que supone ser un

combatiente en un territorio en guerra es impensable que el soldado franquista de un batallón de cazadores que montaba guardia en una trinchera embarrada a las afueras de Seseña se sintiera igual que el jinete de la Guardia de Asalto republicana que escrutaba el horizonte desde lo alto de un pico frente a los Montes Universales. Sus percepciones del conflicto, del frente, del riesgo, del miedo, del enemigo... tuvieron que ser, a la fuerza, diferentes. «La guerra tiene olores, sabores y sonidos propios –los de la muerte–»⁶ y, añadimos: cada frente tiene los suyos.

Es un lugar común de los historiadores de la Guerra Civil afirmar que los milicianos republicanos no luchaban bien en campo abierto y que, por el contrario, el respaldo de un núcleo urbano los hacía mejores combatientes. Es una visión que no por simplista deja de tener sentido, aunque se encuentran ejemplos de lo contrario. El combatiente republicano –y luego prestigioso crítico de arte– Juan Antonio Gaya Nuño, que había visto con sus propios ojos el miedo de los italianos en la Alcarria, deja caer en varias ocasiones en sus memorias que la lucha en el despoblado «no encaja bien en las concepciones y práctica militar del fascismo».⁷ Los franquistas demostraron ser en ocasiones tanto excelentes defensores de núcleos urbanos (Oviedo, Huesca) como pésimos en el asalto de zonas despobladas (Línea XYZ). Sea como fuere, parece que en sí mismo el entorno no decide los resultados de un combate en la misma medida que otros factores, como el armamento, la formación de la oficialidad o la doctrina. Puede ser, sin embargo, un importante agente táctico o moral.

La guerra en tierras toledanas era sustancialmente distinta en su componente ambiental a la que se libró en la provincia de Guadalajara. Por el paisaje: mucho menos quebrado en Toledo, con menores altitudes y, en consecuencia, con un clima más suave en invierno y más asfixiante en verano. Por su demografía: mientras que Guadalajara era ya en la década de 1930 una provincia considerablemente despoblada,⁸ Toledo tenía una mayor densidad de población. Aunque también por la cercanía de las ciudades. En Toledo se podría ver la guerra como una campaña de varios cercos entrelazados: los republicanos tenían semisitiadas las ciudades de Toledo y Talavera, en tanto que el entrante franquista de Seseña amenazaba continuamente Aranjuez (fuera de la provincia, pero muy próximo a su límite). Incluso al sur del Tajo existían importantes «agro-ciudades» y, en general, una demografía dinámica.⁹ En contraste, en Guadalajara se combatió sobre todo en el páramo, entre mesetas, valles, bosques, desfiladeros. Había poblaciones de cierta relevancia local, pero muy alejadas de la primera línea y con una demografía mucho menos potente. Puede verse fácilmente en estas tablas:

TABLA 1: DISTANCIAS ENTRE LA PRIMERA LÍNEA Y LAS POBLACIONES MÁS IMPORTANTES PRÓXIMAS AL FRENTE.

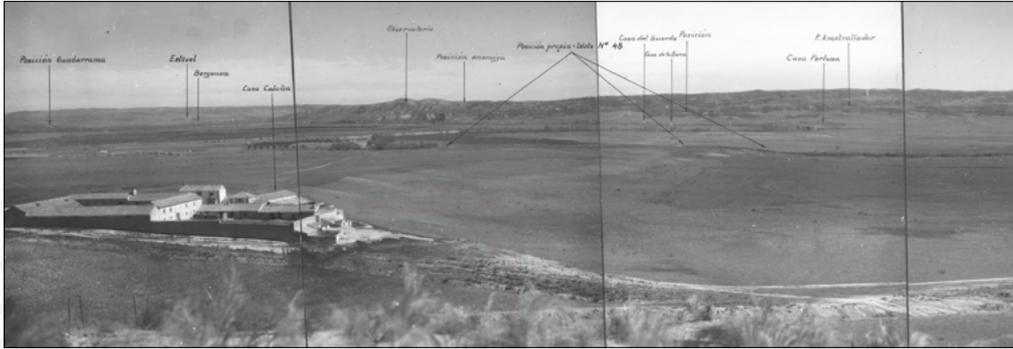
Frente de Toledo			
Localidad	Talavera	Toledo	Aranjuez
Distancia (km)	3	0	8
Total / media (km)	11 / 3,7		
Frente de Guadalajara			
Localidad	Brihuega	Sigüenza	Molina
Distancia (km)	15	25	20
Total / media (km)	60 / 20		

TABLA 2: DEMOGRAFÍA DE LAS POBLACIONES MÁS IMPORTANTES PRÓXIMAS AL FRENTE.

Frente de Toledo			
Localidad	Talavera	Toledo	Aranjuez
N.º habitantes	14 876	27 443	15 349
Total / media	57 668 / 19 223		
Frente de Guadalajara			
Localidad	Brihuega	Sigüenza	Molina
N.º habitantes	2621	4825	2629
Total / media	10 075 / 3358		

Fuente: Censo de Población de 1930, INE. Elaboración propia.

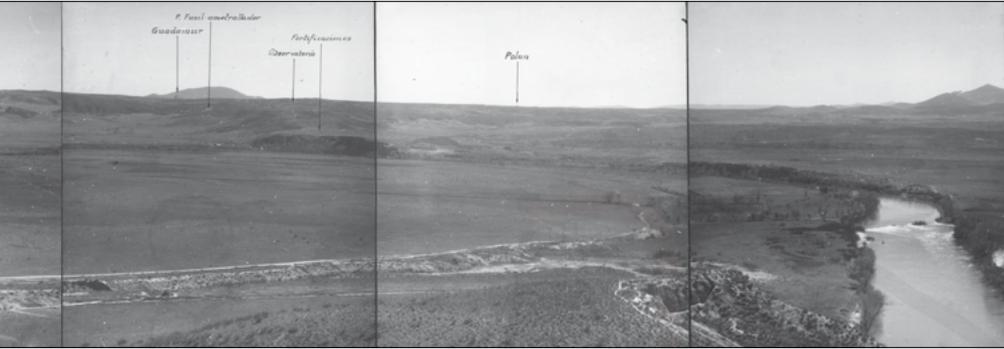
La guerra en tierras toledanas fue un conflicto «periurbano», librado, principalmente, en el entorno inmediato de dos ciudades pequeñas (Talavera y Aranjuez) y una capital provincial (Toledo). Dado lo desgarnecido de la línea del Tajo o del entorno de Puerto de San Vicente, la gran mayoría de los soldados que estuvieron destacados en el frente toledano tuvieron como retaguardia inmediata alguno de esos núcleos urbanos. Algo que era muy importante para la moral. Implicaba que había un hito, una referencia concreta, identificable, en su horizonte cercano. Que en los permisos breves se podía disfrutar de las comodidades de una ciudad:¹⁰ alojamiento, restaurantes, espectáculos (toros, deportes, cine, música...), servicios religiosos (en zona franquista), comunicaciones (teléfono, telégrafos) o incluso de un limitado turismo. Hay que mencionar también las tabernas y la prostitución, abundantísima en Toledo y Talavera.¹¹



Composición panorámica de frente republicano del Tajo desde Calaña, Guadalajara, en 1939 (colección del autor).

Los mandos se preocuparon gradualmente de acercar ciertas comodidades hasta los frentes lejanos con el fin de subir la moral de los soldados (sobre todo ya avanzada la guerra), pero la situación no era comparable. Es una constante en las memorias de veteranos, en especial en las de aquellos que procedían de un contexto urbano, la sensación de alivio al llegar a una ciudad tras pasar un tiempo en un frente alejado. Es cierto que las localidades relevantes en ambos frentes eran lugares marcados por la guerra, los bombardeos, el hambre en parte de la población... Sin embargo, no dejaban de ejercer un considerable atractivo para el soldado en campaña.

Las ciudades eran núcleos logísticos y la cercanía a ellas hacía que tanto los suministros como la prensa o la correspondencia llegaran antes a primera línea, con las consecuentes repercusiones positivas en la moral del soldado. En una sociedad hipercomunicada como la actual hay que hacer un profundo esfuerzo de abstracción para imaginar el aislamiento que sentirían los soldados de alguna de las posiciones remotas del frente de Guadalajara. Tómese como ejemplo el puesto del puente de San Pedro en el Alto Tajo. Una zona de picos que superan los 1200 metros, con laderas escarpadas y pinares impenetrables, hoy enclavada en un parque natural. El puesto estaba a 14 kilómetros a pie del pueblo más cercano, Zaorejas, desde donde ni siquiera había comunicación telefónica con la cabeza del sector, Villanueva de Alcorón. Se conoce por la documentación republicana que a finales de marzo de 1937 había tan solo sesenta y dos soldados en Zaorejas, de los que solo unos pocos estarían a la vez en los puestos avanzados junto al río. Pertenecían a dos unidades: el Batallón 1.º de Mayo de la 33.ª Brigada Mixta y un grupo de la Guardia de Asalto sin precisar. Los primeros procedían



principalmente de Carabanchel. De los segundos no hay datos, pero se sabe que la Guardia de Asalto era un cuerpo policial urbano. Es muy probable que estuvieran destinados en Guadalajara capital o en Madrid al principio de la contienda. Jóvenes procedentes de zonas urbanas modernas en un escenario propio de las guerras carlistas. Y no era un caso único en el frente de Guadalajara: en el Alto Sorbe y en la zona del Tajuña el escenario era similar. Era una «guerra agreste», una guerra en el páramo. Preindustrial, aislada, en la que los mayores enemigos eran la intemperie y el frío.

Al leer cualquier estudio de historia bélica se tiende generalmente a concebir las posiciones de los contendientes como algo fijo, inmutable, que se excava y construye en un momento dado y que permanece, como en una foto fija, hasta el final del combate en cuestión. En cualquier guerra de posiciones, la fortificación es algo en continua evolución, no importa en qué época, no importa en qué lugar. Las trincheras evolucionan continuamente. Es el carácter de «perfectibilidad» de las obras defensivas, algo que los manuales y directivas militares no se cansan de repetir: es el deber de los soldados mejorar constantemente los atrincheramientos.¹² Sin embargo, en un frente estabilizado los soldados no necesitaban normativa militar alguna para perfeccionar las fortificaciones. Cuando eran conscientes de que su estancia en ese lugar iba a prolongarse, empezaban a preparar la posición. Las obras no se limitaban a reforzar las trincheras como protección contra los bombardeos, sino que se preparaban para resistir las inclemencias del tiempo y alcanzar unas condiciones mínimas de confort. Al fin y al cabo, estaban destinadas a ser su espacio de vida, su «lugar de habitación».¹³

Los frentes también evolucionaban ampliándose en profundidad, tanto hacia el enemigo como hacia la retaguardia. Idealmente,

según los manuales, un frente debía estar formado por varias trincheras –o conjuntos de trincheras– en paralelo (líneas «de vigilancia», «de resistencia» y «de sostenes»). Por lo general, se solía preparar primero una línea principal y, usándola como base, se excavaban nuevas posiciones a retaguardia y a vanguardia, reforzándolas con alambradas sucesivas. En algunos frentes se redujo de forma notable la tierra de nadie a base de fortificaciones, principalmente con trabajos nocturnos para evitar ser descubiertos. En ocasiones, los partes caracterizaban estos pequeños avances mediante fortificación como si fueran auténticas victorias.

También podían darse ligeros cambios en los frentes a base de golpes de mano o incluso abandono de posiciones de vanguardia por otras más ventajosas. Esto último no fue muy habitual en Toledo o Guadalajara. La norma general fue que los mandos se empeñaran en mantener terrenos muy complicados tácticamente ante el temor de que los soldados –enemigos o, sobre todo, propios– interpretasen cualquier retroceso como un signo de debilidad. Durante la Guerra Civil no hubo operaciones de retirada estratégica con el fin de acortar la línea como los que se dieron durante el conflicto de frentes estabilizados por excelencia, la Gran Guerra (la Gran Retirada rusa de 1915 o la retirada alemana a la Línea Hindenburg en 1917), o las que volvieron a tener lugar durante la Segunda Guerra Mundial (la retirada de Manstein en 1943).¹⁴ De esta manera, el gran agente de cambio lo constituyeron las ofensivas y ataques locales, que, en el caso de Guadalajara y Toledo, se irán desgranando a lo largo de este trabajo.

Con el tiempo, la consolidación de la línea –así como el temor a una ruptura estratégica, que siempre orbitó sobre los dos frentes– fue introduciendo la fortificación en materiales duraderos, con la aparición de fortines, observatorios o parapetos de hormigón.¹⁵ La introducción del cemento en la fortificación del frente de Toledo fue, en general, tardía¹⁶ –buena parte de las construcciones se data a finales de 1938–,¹⁷ aunque se han documentado algunas excepciones, siempre en zona republicana.¹⁸ En el caso de Guadalajara, incorporar abundante fortificación en hormigón fue mucho más temprana, al menos en zona republicana. Tanto Perea como Mera, sucesivos jefes de ese frente desde abril de 1937, acometieron una ingente labor constructiva desde el principio de su mando.¹⁹

Mediante las fortificaciones se pueden localizar también las diferencias en la doctrina defensiva entre los dos bandos. Con solo contemplar los planos de fortificación se aprecia algo que ya han observado

varios autores: el peso de la experiencia de la Guerra de África en la fortificación franquista. Esto se puede detectar, a rasgos generales, a lo largo de la extensión de ambos frentes y es especialmente evidente en las cabezas de puente de Toledo y Talavera. Los franquistas se fortifican en altura, en posiciones de compañía («puntos de apoyo», según la terminología militar) muchas veces en torno a toda la elipse del cerro en cuestión. Como se ha mencionado más arriba, se trata de una herencia de la guerra colonial en Marruecos.²⁰ Las posiciones republicanas tendían a tener, por el contrario, una tipología longitudinal.²¹

También es detectable sobre el terreno la evolución de la doctrina acerca de la fortificación de campaña. A medida que avanzaba el conflicto la experiencia fue optimizando el modo de fortificar. Se abandonaron en fechas muy tempranas las trincheras rectas o con leves sinuosidades (que aún se pueden observar en el toledano cigarral de Menores o en los cerros que rodean Sigüenza),²² por ser muy vulnerables a la aviación, a las ametralladoras o a los morteros, y se impuso el trazado en zigzag. Ya en mayo de 1937 se implantaron en Toledo las nuevas instrucciones de Franco relativas a la fortificación.²³ Esa nueva manera de fortificar (al menos en España) llegó de manera gradual a otros frentes y también a las posiciones republicanas. En Guadalajara, el mando franquista tuvo que insistir para que el sistema se implantara de forma efectiva, tal y como refleja la documentación militar en fechas tan tardías como enero de 1938.²⁴

Las fortificaciones no deben, sin embargo, llevar a engaño en cuanto a la impenetrabilidad de las líneas enfrentadas, de una gran discontinuidad en buena parte de Toledo y Guadalajara. Esto se fue paliando parcialmente a medida que la guerra transcurría, puesto que se invirtió una gran cantidad de medios materiales y humanos en la organización defensiva del terreno. Pese a que hacia el final del conflicto ambas provincias poseían líneas razonablemente sólidas, nunca, en toda la guerra, se llegó a situaciones similares a la del Frente Occidental durante la Primera Guerra Mundial, con atrincheramientos ininterrumpidos a lo largo de toda la divisoria entre los dos ejércitos.²⁵ La guerra de trincheras se dio, por supuesto, pero solo en los puntos más vulnerables del frente (cabezas de puente de Talavera y Toledo, cuesta de la Reina, las líneas frente a Copernal y en el sector de la carretera de Francia en Guadalajara). Se detecta en las mentalidades de los estados mayores, sobre todo en el caso republicano, una cierta obsesión por llegar a ese objetivo utópico —o distópico, según se entienda— de un frente único e impenetrable, lo que no tenía que ser, por necesidad, un escenario per-

fecto desde un punto de vista militar. Es lo que Manuel Tagüeña definió con agudeza como «fetiche del frente continuo».²⁶

La realidad de los frentes de Toledo y Guadalajara es que fueron fronteras permeables, en las que eran frecuentes las infiltraciones guerrilleras, el paso de fugitivos de ambas zonas y el tránsito de población civil. Tuvieron lugar infiltraciones en la zona enemiga motivadas por todo tipo de razones, a veces muy alejadas de las lógicas de los estados mayores, como recordaba el voluntario republicano Jesús Guerra, destacado con el Batallón Carlos Prestes en el frente del Tajo en la primavera de 1937:

Las trincheras estaban al lado de un río [el Tajo, junto al pueblo de La Pueblanueva], que pasaba entre los dos bandos. En el lado del enemigo no llegamos a ver fuerzas enemigas. Lo que sí había [era] una manada de vacas y de toros bravos. La manada no tenía vaqueros, y todos los días por la mañana venían los toros a beber agua al río [...], así que un día acordamos poner una ametralladora camuflada, y cuando los toros venían [...], les tirábamos unas ráfagas con la ametralladora. Y en cuanto caían un par de ellos [...] pasamos el río con la barca para traernos la carne.²⁷

En relación con la población civil, son muy numerosas las menciones, tanto en la documentación militar como en las memorias de los testigos, al sorprendente grado de libertad con el que circulaban entre ambas zonas en determinados sectores del frente, como el del Tajo o el de Talavera, en Toledo.²⁸ En determinados sectores de la provincia de Guadalajara, sin un obstáculo como el curso medio del Tajo, la permeabilidad del frente era más generalizada. Se ha mencionado ya el amplio vacío del Alto Tajuña hasta finales de mayo de 1937, que englobaba nada menos que ocho pueblos, habitados todos ellos. El voluntario alemán Ludwig Renn vio a civiles trabajando el campo al final de la batalla de Guadalajara en Muduex, que había quedado en tierra de nadie, y, ya en mayo, mencionaba que los soldados de los dos bandos se alternaban para saltar los parapetos y abastecerse de pan y huevos entre los campesinos del vecino Utande, procurando esquivarse si se encontraban por las calles.²⁹ La vigilancia se fue extremando a medida que transcurrían los meses, no obstante, aun a finales de 1937, Gaya Nuño menciona casos como el de uno de los pueblos del sector de la Sierra, donde una serrana lavaba la ropa indistintamente a los soldados republicanos y a los requetés del otro lado del Sorbe.³⁰

Situaciones como las descritas llevaron a las autoridades a tomar medidas para evitar el tránsito de civiles por la tierra de nadie. En Talavera se publicó un bando que prohibía a los civiles frecuentar las zonas a menos de quinientos metros del Tajo para impedir «la gran cantidad de casos comprobados de comunicación con la zona roja».³¹ Al otro lado de la línea hubo disposiciones parecidas de las autoridades militares republicanas.³² Los soldados tenían restringido bañarse en el río, lo que no impidió chapuzones furtivos ocasionales en la época estival.³³ En el frente de Guadalajara se dictaron órdenes de evacuación para los civiles de los pueblos que habían quedado entre líneas y, ante su rebeldía, a veces se organizaron auténticas operaciones de castigo con efectivos militares abundantes:

[...] Campillo, Campillejo, Majalrayo, Palancares y Valverde quedaron entre dos líneas y sus autoridades civiles desoyeron repetidas veces las órdenes de evacuación. Constituía de este modo el alto Sorbe, a mediados de noviembre [de 1937], un casi estado independiente que desconocía toda autoridad y que trataba de vivir por su cuenta, dando de lado a republicanos y facciosos. Fueron necesarios métodos violentos para ayudar a las fuerzas de intendencia a retirar de estas cabilas los abundantes víveres allí almacenados [...]. Los mencionados pueblos fueron desprovistos de una enorme cantidad de ganado y víveres y escarmentados los alcaldes y concejales facciosos.³⁴

Las razias contra la población civil como la descrita no fueron muy abundantes y tampoco eran la principal preocupación de los civiles que residían en las proximidades de la primera línea (o incluso más allá de la misma). Muchos de los habitantes de las zonas cercanas a los frentes no podían acceder –al menos teóricamente– a su medio de vida, propiedades y tierras de labor, bien por estar en zona enemiga, bien en terreno batido o bien en lugares inmediatos a la primera línea a los que no se les permitía el acceso. Esto causó grandes privaciones, en especial a la población campesina, ya de por sí vulnerable. En ocasiones, los campesinos se arriesgaban a trabajar estas tierras vedadas, con riesgo para su vida. Existen varios testimonios acerca de estas «incursiones agrícolas» en tierra de nadie, tanto en Toledo como en Guadalajara, pero siempre partiendo de zona republicana, donde el hambre fue siendo cada vez más generalizada.³⁵ Se sabe que en Guadalajara se revocaron todas las

licencias de caza, «un recurso que tantas veces había permitido completar una dieta frugal». ³⁶ Además, las requisas eran frecuentes, aunque las autoridades militares trataran de ponerles coto, o, al menos, darles una cobertura de legalidad. En ciertos sectores se produjo una guerra con matices de *western*, propia de las zonas fronterizas en muchos momentos de la historia: la guerra por el ganado. Ambos contendientes invirtieron considerables esfuerzos en la captura de rebaños en zona enemiga, o incitaban a los pastores a desertar junto con sus cabezas de ganado, para lograr así el doble objetivo de mermar los recursos del contrario y aumentar los propios. ³⁷ Estos apresamientos eran aireados en ocasiones por los medios como si se tratara de la captura de una batería o un tanque enemigos.

Los civiles eran siempre reacios a abandonar sus casas cercanas a los frentes incluso cuando había órdenes de evacuación porque la presencia de fuerzas militares en las inmediaciones implicaba siempre saqueos, ante los que la superioridad solía mirar hacia otro lado. La comida almacenada y los animales eran requisados, los enseres se llevaban a primera línea y el mobiliario era convertido en leña o usado en las fortificaciones. Era muy habitual en los pueblos evacuados que la vigería de las casas se dismantelara para utilizarse en las trincheras. ³⁸ El artillero británico Geoffrey Servante, destacado frente a la cabeza de puente de Toledo, recordaba el permiso de sus superiores para llevarse lo que quisieran de las casas abandonadas de Argés para construir un puesto de observación. ³⁹

Estas actividades en los frentes estabilizados habían sido, hasta el momento al menos, tan destructivas como los bombardeos aéreos o los ataques de la artillería enemiga. Por estas cuestiones, las fuerzas militares a menudo se veían con una mezcla entre temor y recelo por la población civil rural. Máxime cuando estas fuerzas se asentaban sobre un sustrato previo de represión política en ambas zonas, grave en el caso de Guadalajara, pero terrible en el caso de Toledo. ⁴⁰ Más allá de las consecuencias más evidentes de la contienda (represión, muerte en combate, daños materiales), los ejércitos alteraban la vida del campo imponiendo reclutas que privaban al pueblo de mano de obra u obligando a los civiles a trabajar para dar servicio a los soldados o en tareas de fortificación. ⁴¹ Se daba así la paradoja de que, mientras que en la mayoría de los sectores ambos contingentes prohibieron la presencia de civiles en los frentes, en unos pocos los obligaban a desplazarse allí y permanecer durante sus jornadas laborales, lo que los exponía a bombardeos, fuego de fusil y ametralladora o incursiones del enemigo. No solo en lo que

respecta a los mencionados trabajos de fortificación, muy ocasionales, sino a situaciones totalmente estables. Era el caso de los civiles que trabajaban en industrias estratégicas inmediatas a la primera línea, como la fábrica de armas de Toledo, o la eléctrica de Alcubillete y otras que jalonaban la línea del Tajo, separadas de las avanzadillas enemigas solo por el ancho del río.⁴²

Los abusos a civiles por parte de las fuerzas de primera línea debieron de ser más importantes cuantitativamente de lo que dejan traslucir las fuentes en ambos bandos, en especial hacia los vecinos considerados desafectos; o en aquellos casos en los que los soldados eran foráneos. Enrique Líster da cuenta de estos desafueros a su llegada al sur del Tajo en mayo de 1937, aunque es de imaginar que no fue el único caso.⁴³ La oleada más violenta de la represión había pasado ya tras los primeros meses, sin embargo, la retaguardia inmediata asistió a episodios aislados de represalias políticas en los dos bandos, muchas veces ligadas a las operaciones militares que se saldaron con alguna conquista territorial notable, como se verá más adelante. En contraste, se sabe que la República trató de proyectar una imagen beneficiosa del Ejército Popular hacia los campesinos para tratar de ganarse su lealtad ayudando en ocasiones en tareas agrícolas y organizando mítines y actos públicos.⁴⁴ En el ejército franquista también se han localizado actuaciones similares, aunque parecen más fruto de la iniciativa de los propios soldados o de sus jefes inmediatos, de rango modesto, que órdenes superiores con una finalidad propagandística.⁴⁵

¿CÓMO ERAN LAS TROPAS QUE GUARNECÍAN LOS FLANCOS ESTABILIZADOS del frente del Centro en primavera de 1937? El número de factores que puede tenerse en cuenta a la hora de analizar dos fuerzas militares opuestas es ilimitado, aunque es posible englobarlos en amplias categorías: de tipo numérico, moral, de instrucción, de capacidad del mando, ambientales, materiales... No se pretende aquí hacer un relato de la guerra relacionado con la cantidad en las provincias de Toledo y Guadalajara, pero una aproximación a estos factores puede proporcionar unas herramientas interpretativas de mucha utilidad para comprender el desarrollo posterior de los acontecimientos.

El territorio en liza era extensísimo, cubierto siempre por unidades y medios insuficientes a ambos lados de la línea según los estándares de las potencias de la época. Las continuas reorganizaciones de mandos y efectivos por un lado, y la parquedad ocasional de las fuentes por otro,

dificultan enormemente la labor de arrojar cifras exactas acerca de los contendientes. No obstante, pueden aventurarse algunas aproximaciones redondas apoyadas en datos fundamentados.⁴⁶ Las unidades franquistas asignadas al frente en la provincia de Toledo de forma estable rondarían en mayo los 25 000 hombres, ante los 16 000 del enemigo; mientras que la provincia de Guadalajara estaría cubierta por unos 24 000 soldados del contingente de Franco por 28 000 del Ejército Popular. En cifras globales, hablamos de 49 000 soldados franquistas por 44 000 republicanos. A lo largo de toda la guerra se calcula que combatieron, en todos los teatros de operaciones, unos 3 180 000 soldados, 1 360 000 en el bando sublevado y 1 820 000 en el gubernamental.⁴⁷ Esto es, de cada 100 combatientes unos 43 lucharon en zona franquista y 57 en zona republicana. En el caso de los frentes objeto de nuestro estudio, de cada 100 combatientes 53 estuvieron en zona franquista y 47 en zona republicana. Es decir, la ratio general de combatientes durante toda la contienda queda invertida en lo que respecta al escenario de los flancos del frente de Madrid en la primavera de 1937.

La proporción de hombres por kilómetro del frente puede ser engañosa, dado que había sectores mucho más densamente protegidos que otros, aunque puede servir para hacer algunas valoraciones globales. En el frente de Toledo había unos 109 soldados franquistas por kilómetro de línea ante 70 republicanos; mientras que en Guadalajara había unos 96 franquistas por 112 republicanos. Lejos, muy lejos del millar de hombres por kilómetro que recomendaban los manuales de preguerra.⁴⁸ En la práctica, la ratio sería aún menor: no todos los soldados estaban continuamente desplegados en los frentes. No se han hallado datos globales, pero, con arreglo a los parciales disponibles, se puede estimar que a finales de mayo de 1937 había unos 12 000-14 000 hombres en línea en el frente de Toledo por parte franquista, esto es, un 52 por ciento de la fuerza total, excluyendo a quienes estuvieran de permiso u hospitalizados. Para la zona republicana se cuenta con menos información aún, aunque, dadas las características —más lineales— de la fortificación gubernamental, es de suponer que la proporción sería algo mayor. En junio de 1937, por ejemplo, de las tres brigadas de la 14.^a División que defendían el delicado sector entre los ríos Tajuña y Tajo, una estaba descansando en retaguardia.⁴⁹ Ni siquiera en los puntos más densamente defendidos se llegaba a las utópicas proporciones previstas por los manuales de antes de la guerra. Tómese por ejemplo el frente de Toledo: en las cabezas de puente de la capital toledana había unos 200 hombres por kilómetro guardando la línea franquista, mien-

tras que el saliente de la cuesta de la Reina estaba rodeado por unos 400 soldados del Ejército Popular por kilómetro. Solo ante las ofensivas y ataques locales de importancia la llegada de reservas dispararía las cifras en sectores muy localizados de la línea, como se tendrá oportunidad de ver más adelante. Puede establecerse una comparación con el sector más delicado del frente de Madrid: la cabeza de puente sublevada de Ciudad Universitaria. En el periodo de estabilización, sus 5,25 kilómetros de frente, aproximadamente, estaban defendidos por entre 4000 y 4500 soldados franquistas ante entre 5000 y 9000 republicanos.⁵⁰ Esto resulta en una ratio de 716-857 soldados franquistas por kilómetro de línea ante 952-1714 republicanos: en la porción más densamente guarnecida del frente de Madrid sí se llegaban a cumplir –o incluso exceder– las recomendaciones prebélicas.

Mientras que el número de combatientes fue aumentando de manera gradual a lo largo de los meses que siguieron a la primavera de 1937, la moral siguió el camino contrario.⁵¹ La estabilización, la lentitud en las operaciones, la inactividad y el tedio fueron mellando la combatividad de los soldados de los frentes secundarios. La proporción de reclutas con respecto a la de voluntarios se fue distanciando de forma paulatina, con sus consiguientes consecuencias para el espíritu de lucha. En mayo de 1937 el Ejército Popular había movilizado ya a seis reemplazos, frente a nueve de sus enemigos.⁵² Los republicanos debían lidiar además con las malas noticias, veladas o explícitas, provenientes de otros teatros de operaciones. La primavera de 1937 marcó, probablemente, el cénit del optimismo republicano, tras las victorias de Guadalajara y Pozoblanco, y, por tanto, desde ese momento, todo fue cuesta abajo, con algunos breves destellos en las ofensivas de Brunete, Belchite y Teruel, aireadas por la propaganda como grandes victorias. Parte de los soldados, en especial los voluntarios, pensaba que se les desaprovechaba en estos frentes secundarios:

Notamos estos sectores [extremeño y toledano] poco abastecidos de materiales y de hombres, y a los mandos cierta depresión y abatimiento, por recibir siempre la orden de resistir, y no la de atacar, y sabemos [que] hay Batallones que están dispuestos a saltar por encima de estas órdenes después de comprobar que no hay enemigo delante de ellos.⁵³

Los testimonios orales que se han recogido hablan también de esta sensación de impotencia en ambos bandos.⁵⁴ Hubo incluso intentos

por parte de los miembros más activos del ejército para que las unidades con mayor motivación fueran incorporadas a divisiones de choque en operaciones ofensivas, lo que se logró en Guadalajara, donde unidades como la 70.^a o la 72.^a brigadas mixtas fueron enviadas a combatir en las ofensivas de Brunete o Huesca. En el frente de Toledo, cada vez más alejado del centro de gravedad de las operaciones a partir del verano de 1937, se intentaron maniobras similares sin éxito.⁵⁵

Aunque las bases teóricas de la instrucción en los dos bandos eran parangonables (se venía, al fin y al cabo, de un pasado común), se asume que el ejército franquista fue más eficiente en el entrenamiento de los soldados,⁵⁶ lo que se debe, en parte, a que abrazó sin problemas la tradición militar previa, en lugar de verse abocado a experimentar con nuevas formas de disciplina, como ocurrió con su enemigo.⁵⁷ Se ha destacado habitualmente que la descompensación de los mandos intermedios al inicio de la guerra (que secundaron por mayoría la sublevación) lastró el reclutamiento y la instrucción de las fuerzas gubernamentales; una de las claves de las derrotas de la República en el campo de batalla.⁵⁸ Todo esto no significa, evidentemente, que la instrucción de los sublevados superara en todo momento y lugar a la de los gubernamentales, ni que la primera resultase perfecta. Recientes estudios lo desmienten de manera categórica.⁵⁹ Las grandes diferencias entre ambos ejércitos que ha percibido tradicionalmente la historiografía se han ido matizando a medida que se han abierto paso nuevas publicaciones. En palabras de Matthews, «pese a sus diferencias ideológicas, el Ejército nacional y el Ejército Popular fueron a menudo más semejantes de lo que parecían».⁶⁰ Ambas fuerzas sufrieron una instrucción deficiente, rudimentaria, precipitada, incompleta y con hondas carencias materiales.⁶¹

Se ha mencionado la escasez de equipamiento, munición y armamento —en especial de armas automáticas— en las filas republicanas. Ese tipo de problemas, agravados de forma habitual por la deficiente logística, se cebaron sobre todo con los gubernamentales.⁶² Sin embargo, no se debe pensar que fueron exclusivos de su bando. Los sublevados recibían con asiduidad órdenes para economizar al máximo el gasto de munición, lo que llegaba a lastrar desde los entrenamientos a las situaciones de combate. Sobre todo, las tropas franquistas que estuvieron desplegadas en los frentes secundarios tuvieron que enfrentarse a problemas de abastecimiento muy similares a los de sus enemigos.⁶³ Algunas de las dificultades más recurrentes eran las derivadas de la heterogeneidad del equipo que manejaban los combatientes. Incluso en

estadios tardíos de la guerra, cuando los abastecimientos se habían racionalizado considerablemente, la variedad de calibres para las armas de la infantería suponía una auténtica pesadilla logística.⁶⁴

La calidad de las tropas era casi tan heterogénea como la del equipamiento. En Toledo, de las alrededor de veintisiete unidades de tipo batallón que los franquistas tenían desplegadas a lo largo de toda la línea del Tajo, cinco estaban consideradas «de choque» (legionarios y regulares). Las otras veintidós eran de una calidad irregular. Entre ellas había cinco unidades, por lo general, más fiables que las de los simples soldados de leva (requetés, cazadores de montaña, compañías de ametralladoras). Del sector de La Jara, fronterizo con Cáceres, hay datos incompletos, pero se sabe que las tropas de línea eran inicialmente escasas y poco preparadas, mientras que se disponía de una Brigada de Reserva móvil, compuesta por seis batallones, uno de ellos de choque. Se carece de información detallada de la guarnición del sector de Seseña en las mismas fechas (finales de abril de 1937), aunque tres meses después había nueve batallones, uno de ellos de choque y otro fiable.⁶⁵ El número de batallones era, en ese momento, anormalmente alto, pues se estaba operando en el sector, por lo que es necesario echar la vista adelante otros dos meses más en busca de una situación estacionaria: a principios de octubre había cinco batallones, uno de ellos de choque.⁶⁶ Así, para establecer una proporción aproximada, se puede afirmar que menos de dos unidades de cada diez estaban formadas por tropas selectas. En Guadalajara desaparecía tal proporción, ya que, de los veintisiete batallones, aproximadamente, de ese frente, ninguno era de tropas coloniales. Cinco de ellos eran de una calidad teórica algo superior al resto (cazadores, requetés). Los republicanos en el frente de Toledo tampoco tenían ninguna unidad considerada de élite, si se exceptúa a los Guardias de Asalto que formaban parte de las reservas móviles. De hecho, buena parte de las tropas allí desplegadas había demostrado un rendimiento bastante pobre. Dos de las cinco brigadas mixtas presentes en la provincia (las del sector de Aranjuez) eran unidades más fiables, veteranas de combates muy duros en campo abierto. El mando gubernamental parecía ser consciente de la mala calidad de sus fuerzas en el sur del Tajo y, en primavera, dos de las tres brigadas del sector se encontraban en entrenamiento y reestructuración, un proceso guiado transitoriamente por militares profesionales. La propia creación por esas fechas del VII Cuerpo y el envío a ese frente del coronel Mena, que había demostrado ser un oficial competente en Madrid, obedecía a esa misma lógica.⁶⁷

La situación para los republicanos en Guadalajara era distinta y más difícil de valorar inicialmente. Dada la proximidad en el tiempo de la gran batalla de marzo aún había tropas de choque desplegadas en la provincia, lo que podía conducir a ideas equivocadas en cuanto a la supuesta fortaleza de la línea en esa provincia. Esas tropas de choque fueron saliendo rumbo a otros teatros de operaciones a corto o medio plazo. El mando del Ejército del Centro era consciente de la precariedad en que quedaba ese frente tras la batalla: un mes después, Vicente Rojo opinaba que en Guadalajara había «carencia de objetivos» de importancia para plantearse acciones ofensivas allí y que la línea constituía una «defectuosa base» para cualquier iniciativa.⁶⁸

De las unidades que tuvieron cierta continuidad en Guadalajara en esos primeros momentos de estabilización una estaba considerada, indiscutiblemente, como de choque, la 11.^a Brigada Internacional. La 65.^a Brigada Mixta estaba formada por efectivos de Orden Público (carabineros), lo que suponía usualmente una garantía; y la 70.^a Brigada era una unidad veterana de eficacia probada.⁶⁹ También se sabe que había pequeñas unidades de Asalto y Guardia Nacional Republicana destacadas en el Alto Tajo o como reservas del IV Cuerpo de Ejército. Tanto en Toledo como en Guadalajara los republicanos tenían desplegadas unidades de guerrilleros, escasas de efectivos, pero formadas por tropas muy escogidas, bien mandadas y equipadas. Eran, por ello, tropas de élite, sin embargo, su habitual papel tras las líneas enemigas hace problemático calificarlas como fuerzas de choque (aunque en alguna ocasión cumplieran ese papel, como se verá). De forma paralela a lo que ocurría en Toledo, en el frente de Guadalajara también se estaban llevando a cabo esfuerzos para mejorar el rendimiento de las tropas del Ejército Popular, como testimonian algunos testigos.⁷⁰

Acerca de las armas auxiliares con las que contaron las fuerzas enfrentadas cabe mencionar que eran prácticamente inexistentes, si se excluye la artillería. La aviación limitó su actuación en los frentes secundarios a labores de vigilancia y a bombardeos muy ocasionales, mientras que los carros solo hicieron aparición en Toledo o Guadalajara durante las puntuales ofensivas o en sus vísperas. En cuanto a la artillería, las fuerzas de los frentes secundarios estuvieron siempre infradotadas mientras la línea estuvo estabilizada, sobre todo en el frente republicano. La falta de apoyo artillero lastró el esfuerzo bélico de los gubernamentales durante toda la guerra, tanto de forma general como en lo referido a las provincias de Toledo y Guadalajara. Los

republicanos solo pudieron aspirar a breves superioridades artilleras locales en sectores muy limitados del frente. En el caso concreto de los frentes objeto de este estudio, el VII Cuerpo republicano y sus unidades subordinadas padecieron una carencia patológica de artillería a juzgar por el testimonio de Lamas Arroyo, que habla de tan solo cuatro baterías para todo el frente.⁷¹ Son sintomáticos los problemas de Uribarri para reunir un par de baterías con las que poder bombardear la fábrica de armas de Toledo, objetivo que llegó a ser una obsesión para él en los primeros meses de 1937.⁷²

Los sublevados oponían en la línea del Tajo siete baterías ligeras más algún material anticuado. El extremo nororiental del frente, junto a Aranjuez, estuvo mucho mejor dotado para los gubernamentales también en lo relativo a la artillería, hasta casi llegar a igualar al enemigo. Allí, el III Cuerpo del Ejército Popular disponía de trece piezas (unas cuatro baterías), en tanto que los franquistas desplegaban cuatro baterías y una sección.⁷³ En el frente de Guadalajara las fuerzas de la División Soria desplegaban veintidós baterías, una cifra elevada si se la compara con la situación en Toledo, pero que no dejaba de ser irrisoria si se tiene en cuenta la desmesurada extensión del frente. Los republicanos tenían once baterías el 30 de marzo, aunque es de suponer que se reducirían en un tercio en las jornadas siguientes.⁷⁴ Para recapitular, en las alas del frente de Madrid los gubernamentales estaban en franca inferioridad artillera, pues desplegaban entre trece y quince baterías en la suma de los frentes de Guadalajara y Toledo por treinta y tres o treinta y cuatro –más del doble– de los franquistas. La situación reflejaba a pequeña escala lo que los expertos han señalado como uno de los problemas endémicos del Ejército Popular: la escasez de la artillería, evidencia reconocida por historiadores de todos los espectros ideológicos.⁷⁵

En definitiva, los sublevados tenían, a grandes rasgos, más hombres, más armas y mejor material y organización en sus frentes de Toledo y Guadalajara. Aunque las recientes victorias republicanas en Madrid, el Jarama, Guadalajara y Pozoblanco podían infundir ánimos en los combatientes de a pie del Ejército Popular, las condiciones materiales de los frentes estabilizados en torno a la capital en la primavera de 1937 no podían presagiar nada bueno para el triunfo de su causa. A decir verdad, las diferencias solo resultaban alarmantes en cuanto a la dotación artillera se refiere y se estaban dando pasos para subsanar aquellas deficiencias que parecían reparables. Incluso en el frente de Guadalajara se contaba con una mínima superioridad numérica. No

puede decirse que el desenlace del conflicto en los flancos de Madrid estuviese ya predeterminado en ese momento. El transcurso de los acontecimientos a lo largo de los siguientes meses iba a resultar decisivo para los frentes secundarios del Centro.

NOTAS

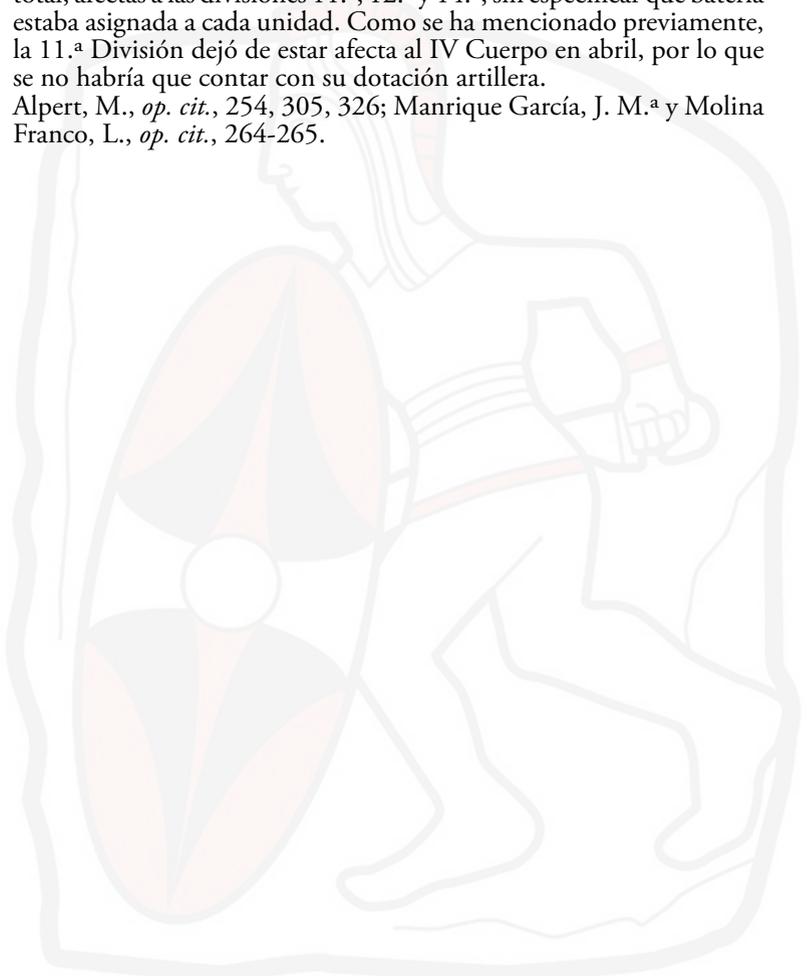
1. Lamas Arroyo, Á., 1972, 315-317.
2. Perea Capulino, J., 2007, 129.
3. Martínez Bande, J. M., 1982, 256-258.
4. Romero García, E. y Frutos Dávalos, A. de, 2020, 93.
5. AGMAV, 746, 2; Llordés, J., 1968, 97-98.
6. La frase es de Isabel de Armas (Armas, I. de, 2004, 287-292), acerca de *La batalla del Ebro* de Jorge M. Reverte, y apareció en la contraportada de varias de sus ediciones.
7. Gaya Nuño, J. A., 2015, 116-139.
8. González Ruibal, A., 2016, 239-240.
9. Ruiz Alonso, J. M.^a, 2004, 367-370.
10. Acerca de la vida cotidiana de soldados y civiles durante la guerra en Toledo, Cerro Malagón, R. del, 2011; en Talavera, Pérez Conde, J., Jiménez Rodrigo, J. C. y Díaz Díaz, B., 2007. No existe –o no se ha localizado– un estudio similar referente a Aranjuez, pero se pueden extraer datos de la prensa local (principalmente, se han consultado los números disponibles de *Combate: Semanario del Partido Comunista de Aranjuez*, entre marzo y julio de 1937).
11. Matthews, J., 2013, 236; Pérez Conde, J., *et al.*, *op. cit.*, 310-311.
12. Por citar dos ejemplos, uno en cada bando: Capdevila, J., 1938, 10; Anón., 1939, 31, 59-63, 73. Una excelente introducción actual a las cuestiones técnicas relacionadas con la fortificación en Schnell Quiertant, P. y Arnáiz Seco, J. M., 2019, 99-130.
13. Una pormenorizada descripción de esto en Llordés, J., *op. cit.*, 134-135.
14. Hay una excepción a esto en el frente de Guadalajara: en diciembre de 1938 las tropas republicanas abandonaron sus posiciones en el remoto paraje de La Vihuela y retiraron las líneas unos cinco kilómetros por el temor a quedar incomunicadas en el invierno en un terreno inaccesible y de escaso valor estratégico (AGMAV, 747, 10, 1).
15. Hay que relativizar aquí la relevancia de las fortificaciones en hormigón, que muchas veces se ha sobredimensionado. El cemento era un bien escaso y su uso denota una inversión considerable en el sector donde aparece, señal de que el mando lo creía relevante. Sin embargo, se podía fortificar de manera efectiva y de acuerdo con las ordenanzas sin levantar estructuras de hormigón en la mayoría de los terrenos, como recuerda un esclarecedor informe del IV Cuerpo de Ejército republicano (AGMAV, 760, 14, 2).
16. Lamas Arroyo, Á., *op. cit.*, 329.

17. Ruiz Casero, L. A., 2014, 92.
18. En *Imperio*, 8-5-1937. También en Crespo Fraguas, Á., Díaz Moreno, M. Á. e Isabel Ludeña, S., 2017, en el que se describe un fortín republicano de hormigón frente a El Puente del Arzobispo, en las posiciones capturadas por los franquistas en verano de 1938, por lo que su construcción debe de ser anterior.
19. Perea Capulino, J., *op. cit.*, 129, 153; Mera, C., 2006, 235-236.
20. Se diserta acerca de esto en Blanco Vázquez, L. y Sierra Piedra, G., 2014, 19-41, 40 (gracias a Alfredo González Ruibal por la referencia): «La característica principal de estas instalaciones [las del ejército español en el norte de Marruecos] es su posición aislada y su ubicación en lo alto de cerros o cumbres, siguiendo la táctica militar de la ocupación de una cota dominante, muy común en los conflictos coloniales con enemigos que carecían prácticamente de artillería y aviación. Esta estrategia fue utilizada años después por el llamado Ejército Nacional en la Guerra Civil Española, muchos de cuyos jefes y oficiales habían participado en las campañas bélicas de Marruecos, por lo que esta tendencia constructiva formaba parte de su experiencia y su bagaje militar. Aún hoy, cien años después de la instauración del Protectorado, se sigue utilizando en conflictos con enemigos no declarados la táctica de establecer posiciones aisladas y en zonas altas que se fortifican con materiales tales como la madera y los sacos terreros».
21. González Ruibal, A., 181-182.
22. Gracias a Pablo Gutiérrez de León por la referencia a Sigüenza.
23. Ruiz Casero, L. A., 2015, 57-58. También, en general, acerca de las implicaciones en la manera de fortificar del ejército franquista, Alonso Ibarra, M., 2019, 202-205.
24. AGMAV, 1818, 16, 2.
25. Para cualquier comparativa hay que tener en cuenta que España tenía una demografía mucho más débil en la década de 1930 que Francia, Alemania y Bélgica veinte años antes. Solo los frentes combinados de Toledo y Guadalajara sumaban casi 500 kilómetros (unos 230 por Toledo y 250 por Guadalajara, aproximadamente), mientras que todo el Frente Occidental, desde Nieuport a la frontera suiza rondó únicamente los 700 kilómetros.
26. Tagüeña Lacorte, M., 2005, 145.
27. Guerra Vázquez, J., *sf*
28. Pérez Conde, J., *et al.*, *op. cit.*, 96.
29. Renn, L., 2016, 445-446.
30. Gaya Nuño, J. A., *op. cit.*, 139.
31. Pérez Conde, J., *et al.*, *op. cit.*, 260.
32. AGMAV, 1027, 10, 1.
33. Pérez Conde, J., *et al.*, *op. cit.*, 316; Alonso Pérez, J., 2019, 82; Párshina, E., 2002.
34. Gaya Nuño, J. A., *op. cit.*, 139-140.
35. Los voluntarios alemanes de las Brigadas Internacionales encontraron a los campesinos trabajando en tierra de nadie durante la batalla de Guadalajara (Renn, L., *op. cit.*, 388-392). En mayo de 1937 las tropas de Líster rescataron una trilladora y un tractor que habían quedado en tierra de nadie cerca de Toledo (Ruiz Casero, Luis A., 2015, 150). En agosto de 1938 se organizó una incursión en zona batida de La

- Jara para la siega con casi trescientos campesinos (Ruiz Alonso, J. M.^a, *op. cit.*, 473). A finales del año otro grupo hizo lo propio con 170 fanegas de patatas y judías en tierra de nadie en el sector de Seseña (*La Libertad*, 2-12-1938).
36. VV. AA., 2007, 22.
37. Hay abundantes menciones a las capturas de ganado en ambos frentes (Ruiz Alonso, J. M.^a, *op. cit.*, 360; Gaya Nuño, J. A., *op. cit.*, 140, 141; Lamas Arroyo, Á., *op. cit.*, 342; Novás Calvo, L., 2018, 158; *Ahora*, 27-5-1937; Entrevista con Jacinto Igualador Sañudo, 14-7-2011, Espacios Históricos de Abánades).
38. Vega, C. y Ruiz Casero, L. A., 2020; Ruiz Casero, Luis A., 2019, 70; Llordés, J., *op. cit.*, 134-135; Entrevista con Jacinta Díaz, Juana Romo, Francisca Romo y Josefa Renales, 14-7-2011, Espacios Históricos de Abánades.
39. Entrevistas a Geoffrey Servante Morrison, 25 de enero y 11 de febrero de 2018, por Richard Baxell y Enrica Saraullo respectivamente, cortesía de Pasquale D'Aiello.
40. La represión ejercida en Toledo por ambos bandos fue, porcentualmente, más del doble de la de Guadalajara y excedió la media nacional en el caso de los asesinatos cometidos por los republicanos, especialmente violentos en el sur del Tajo. Acerca de las causas y condicionantes de ese particular, Ruiz Alonso, J. M.^a, *op. cit.*, 279-294.
41. Ruiz Casero, Luis A., 2015, 153.
42. AGMAV, 1582, 38.
43. Lister, E., 2007, 188-189. Tal y como refirió Ruiz Alonso (*op. cit.*, 487) hay que tomar con cierta prevención las palabras del líder comunista en este caso, en el que utiliza las fechorías de los oficiales de la 46.^a Brigada Mixta para justificar su propia represión contra la misma.
44. Ruiz Casero, Luis A., 2015, 150, 153, 165; *Adelante, Órgano de la 45 Brigada Mixta*, 13-6-1937; *50 Brigada Mixta*, 17-7-1937, 24-7-1937 y 31-7-1937; *17 División*, 18-7-1937 y 15-8-1937; RGASPI, F. 545. Op. 3. D. 49; RGASPI. F. 545. Op. 3. D. 53. Son muy habituales las menciones a la colaboración del Ejército Popular con los campesinos en las tareas agrícolas. Parece que al principio fueron actividades más o menos espontáneas y que luego se llegó a regular tanto por las autoridades civiles (Ruiz Alonso, J. M.^a, *op. cit.*, 407) como por las militares (*El Comisario. Revista semanal político-militar del Comisariado General de Guerra*, 10-7-1937).
45. Por ejemplo, los requetés del Tercio de Valvanera repararon la iglesia de Villanueva de Argecilla (Guadalajara), que había resultado dañada. También colaboraron en las labores de siega en Casas de San Galindo (Bellosillo, M., 1992, 48, 58-59).
46. Para las fuerzas del ejército de Franco existen algunas cifras exactas, como se ha visto. Para el Ejército Popular se han estimado unos tres mil hombres por brigada mixta, algo menos de su plantilla teórica (puede parecer excesivo, pero hay que tener en cuenta que la mayoría de las unidades se estaba reforzando justo en esos momentos con los llamamientos a las quintas; habría brigadas que apenas superarían los dos mil hombres y otras que estarían muy reforzadas, como la 18.^a, la 45.^a o la 70.^a, por lo que se acepta como promedio válido), más un

- millar de unidades de reserva divisionarias y de Cuerpo de Ejército en cada frente.
47. Se han tomado los datos que ofrece Matthews (*op. cit.*, 27), solo de combatientes españoles en aras de la sencillez –y por mantener en lo posible parámetros similares en la comparación–, aunque los extranjeros no cambiarían demasiado las proporciones (en torno a dos puntos porcentuales a favor de los franquistas).
 48. Manrique García, J. M.^a y Molina Franco, L., 2006, 60.
 49. Gaya Nuño, J. A., *op. cit.*, 133.
 50. Calvo González-Regueral, F., 2022, 135, 242-243.
 51. Es esta una cuestión de gran complejidad. Este trabajo comparte las tesis de Matthews (*op. cit.*, en especial 209-255) en su estudio acerca del papel de los reclutas en ambos bandos, que trata de manera pormenorizada los factores de la moral en los frentes y que además se centra en los sectores del centro peninsular tras la estabilización.
 52. *Ibid.*, 74-75.
 53. CDMH, 2.^a Sección de Estado Mayor, C. 66, Cp. 104, E. 8, citado en Hinojosa Durán, J., 2009, 118.
 54. Entrevistas con José Ricardo Morales Malva en abril de 2013 y con Nazario Escalera Cortijo en julio de 2018, frentes de Toledo y Guadalajara, respectivamente.
 55. Entrevista con José Ricardo Morales Malva en abril de 2013.
 56. Matthews, J., *op. cit.*, 326.
 57. *Ibid.*, 196.
 58. Ya lo mencionó Azaña (Azaña, M., 2007, vol. 6, 226) durante la guerra, pero la teoría ha sido rescatada en estudios clásicos como el de Alpert (Alpert, M., 1989, 308), o, más recientemente, en Reig Tapia (Reig Tapia, A., 2017) o Alegre (Alegre Lorenz, D., 2018, 293). La reciente tesis de Alonso Ibarra (*op. cit.*, 200-201, 208) relativiza la calidad de los mandos intermedios del ejército sublevado, a los que caracteriza como poco imaginativos y conservadores a ultranza en el terreno táctico, argumentación que compartimos, pero no establece una comparativa con los del ejército enemigo.
 59. Alonso Ibarra, M., *op. cit.*, 73.
 60. Matthews, J., *op. cit.*, 327.
 61. *Ibid.*, 254, 319; Alonso Ibarra, M., *op. cit.*, 123-151, 278-280.
 62. Matthews, J., *op. cit.*, 253.
 63. Alonso Ibarra, M., *op. cit.*, 64, 117; 89-121.
 64. Matthews, J., *op. cit.*, 253-255.
 65. AGMM, D.N., I C.E., L. 35, C. 13.
 66. Martínez Bande, J. M., 1981, 136.
 67. Ruiz Casero, Luis A., 2015, 33-34.
 68. AGMAV, 475, 15, 1. Citado en De Vicente, 2016: 309.
 69. Poco después sería escogida para someterse a un entrenamiento que la transformara, junto a la 98.^a Brigada Mixta, en una unidad de choque (Mera, C., *op. cit.*, 200).
 70. Gaya Nuño, J. A., *op. cit.*, 131.
 71. Lamas Arroyo, Á., *op. cit.*, 420. Téngase en cuenta que el frente del VII Cuerpo excedía los límites de la provincia de Toledo, por lo que, circunscribiéndose a los mismos, habría que contabilizar solo dos o tres baterías.

72. Párshina, E., *op. cit.*; Ruiz Casero, Luis A., 2015, 28.
73. *Comando Brigata Mista «Frecce Nere». Ordine di operazioni n° 1. Oggetto: Occupazione a difesa delle posizioni di Ciempozuelos a Costa (sic) della Reina (Est di Seseña). Yuncos, 18 marzo 1937 - XV.* Colección particular.
74. AGMAV, 467, 2, 1. Según el informe, había treinta y una piezas en total, afectas a las divisiones 11.^a, 12.^a y 14.^a, sin especificar qué batería estaba asignada a cada unidad. Como se ha mencionado previamente, la 11.^a División dejó de estar afecta al IV Cuerpo en abril, por lo que se no habría que contar con su dotación artillera.
75. Alpert, M., *op. cit.*, 254, 305, 326; Manrique García, J. M.^a y Molina Franco, L., *op. cit.*, 264-265.



DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



Tras el cruento ciclo de batallas en torno a Madrid que se sucedieron durante el primer invierno de la Guerra Civil española, parecería que la lucha en los flancos de la capital se había extinguido. Sin embargo, en los frentes estabilizados de Toledo y Guadalajara la matanza no había hecho más que empezar. Madrid nunca dejó de ser un objetivo militar de primer orden para los ejércitos en lucha, que ansiaban defenderla o expugnarla a cualquier precio. En consecuencia, en los sectores del Centro se libró, a lo largo de dos años, una guerra olvidada, a una escala hasta ahora desconocida, que causó un enorme sufrimiento a quienes la vivieron. En Toledo y Guadalajara se sucedieron los golpes de mano, los bombardeos y las razias hasta el final de la guerra y, en ocasiones, tuvieron lugar allí operaciones importantes, en las que intervinieron miles de hombres apoyados por abundante artillería, carros y aviación.

Con contadas excepciones, se trató de un conflicto sordo, desdibujado, librado en lugares remotos, sin aparente influencia en el desarrollo global de la guerra. Las fuentes dibujan de manera inequívoca un escenario de terror cotidiano más allá de las grandes batallas bien conocidas de Brunete, Teruel o del Ebro, que poco tiene que ver con los «frentes en calma» que algunos historiadores han descrito. Una guerra cruel, áspera, en la que los combatientes morían en el páramo sin la pátina gloriosa de las grandes maniobras. La muerte no entiende de gestas. De este relato de las operaciones libradas en los frentes de Castilla, estos frentes olvidados, emerge una nueva narrativa de la Guerra Civil, con despliegues violentísimos incluso en los sectores más apartados y con unos oponentes porfiados que libraron un combate sin cuartel.

ISBN: 978-84-126588-8-0



9 788412 658880

P.V.P.: 26,95 €

**GUERRA
CIVIL**